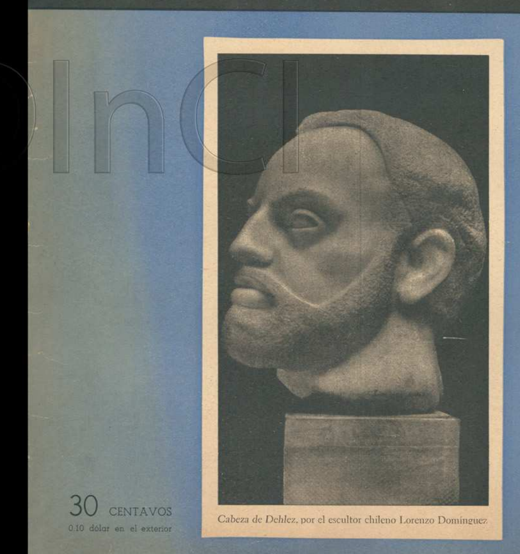
HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

15



Cabeza de Dehlez, por el escultor chileno Lorenzo Domínguez

30 CENTAVOS
0.10 dólar en el exterior

"NACIONALISMO Y CULTURA", DE RUDOLF ROCKER

Una ETIOLOGIA del TOTALITARISMO

RUDOLF Rocker, el gran pensador libertario alemán, actualmente exilado en los Estados Unidos, nos ofrece, con 'Nacionalismo y Cultura", cuya versión castellana, debida a Diego A. de Santillán, ha sido editada recientemente por la Guilda del Libro "Tupac", el estudio más profundo y más acabado de la etiología de esa grave enfermedad política de nuestro tiempo, que es el nacionalismo en su encarnación totalitaria.

Existe, indudablemente, una copiosa bibliografía que trata, con un propósito crítico y explicativo, el origen, desarrollo y esencia reaccionaria del fascismo. Abundan los trabajos documentados acerca de los horrores e iniquidades que han cometido y cometen en todas partes los instrumentos ciegos y fanáticos del Estado totalitario. La mayor parte de los alegatos contra el fascismo, de inspiración democrática —y que han proliferado especialmente desde el comienzo de esta guerra— se basan en una exposición de horrores que de por sí promueven el repudio de la gente normal y honesta contra el sistema que los provoca. Se trata, casi siempre, de una crítica de las manifestaciones **EXTERNAS** del fascismo, sin revelación de factores determinantes. Y aun cuando se intenta exponer esos factores, pocas veces se profundiza lo suficiente como para llegar a las verdaderas raíces del mal. En parte, por falta de visión histórica y de capacidad analítica. En parte porque hay intereses de clase, prejuicios políticos y cierto sentido de complicidad subconsciente, que impiden un análisis a fondo en el problema totalitario. Lo cual, a su vez, resta eficacia a la acción contra ese temible flagelo.

Rudolf Rocker, libre de inhibiciones y limitaciones de tal género, así como de cualquier clase de dogmatismo, y dotado de un extraordinario conocimiento de los hechos históricos y culturales, ha ido a fondo en la candente cuestión y nos muestra, con extraordinario vigor y un gran acopio de material histórico demostrativo, las verdaderas raíces del mal.

Un hecho que prueba de por sí la profunda visión del autor y la justeza de sus concepciones sociales, es que la idea general de la obra que nos ocupa llegara a su mente más de veinte años antes de que se creara el término fascismo y se hablara de Estado totalitario. Según lo advierte en el prólogo —escrito para la edición inglesa que apareciera en 1936, en Nueva York— ya antes de la guerra de 1914, había pensado elaborar ese estudio sobre la alarmante evolución de la sociedad hacia un estatismo cada vez más peligroso, con la consiguiente declinación del pensamiento liberal que, propulsado por grandes movimientos populares, había quebrantado el absolutismo monárquico y planteado la necesidad de limitar hasta el mínimo el poder del Estado. Rocker percibió ya entonces los peligros del estatismo y del nacionalismo crecientes, y los hechos posteriores confirmaron con exceso sus previsiones. Terminó la redacción de su gran libro poco antes de la ascensión de Hitler al poder, en 1933. Y hubo de expatriarse, como tantos otros antifascistas alemanes, buscando refugio en los Estados Unidos, donde pudo publicar su obra en versión inglesa. Su aparición fué saludada como la más importante contribución al conocimiento de nuestra época, por escritores de la categoría de Bertrand Russel, Tomas Mann y otros.

Para realizar un análisis fundamental de las tendencias dominantes de la época y denunciar los peligros que ellos encierran para la sociedad y la cultura —términos inseparables— Rocker ha elaborado una interpretación de la historia, que con toda razón puede calificarse de interpretación libertaria y que se apoya en un estudio rigurosamente objetivo de las manifestaciones culturales y las instituciones políticas que han jalonado la marcha evolutiva de la humanidad, así como de las corrientes ideológicas que han influído, en un sentido o en otro, sobre el desarrollo y evolución de ese proceso histórico.

Descontando la imposibilidad de presentar en el reducido espacio de que aquí disponemos, el rico y profundo pensamiento que Rocker expone en su obra, procuraremos reflejar sus rasgos esenciales, con el solo objeto de incitar a un estudio atento de la misma, indispensable para quienes quieran orientarse con firmeza en medio del caos de los actuales acontecimientos.

La definición de **CULTURA** según el concepto de Rocker, es indispensable para comprender el desarrollo general de su pensamiento y las conclusiones a que arriba. Rocker rechaza la división corriente entre **CIVILIZACION** y **CULTURA**, según la cual el primer término corresponde al dominio del hombre sobre la naturaleza externa, mientras que el segundo significaría cierta espiritualización de la existencia física. Según esa concepción, la técnica, la economía y la vida política, entrarían en el dominio de la **CIVILIZACION**. Mientras que la ciencia, el arte, la religión, etc., corresponderían al de la **CULTURA**. Rocker considera arbitraria esa división, y nos da una definición más amplia, que hace innecesaria aquélla.

Entiende por cultura la intervención consciente del esfuerzo humano en el juego ciego de las fuerzas naturales. El hombre, para poder subsistir, en medio de una naturaleza hostil, ha tenido que dominarla, emanciparse de las limitaciones que ella le ha impuesto. Todo lo que el hombre ha creado en esa lucha, para lograr sus designios de liberación, constituye una manifestación de cultura. La utilización del fuego, la invención de herramientas, la formación de los primeros núcleos sociales, son actos de cultura, en cuanto han permitido al hombre desarrollar su personalidad y defenderse de las condiciones adversas del ambiente. Pero esa acción cultural no se desarrolla sólo ante los obstáculos naturales al mismo, sino también ante los que crean los propios errores humanos, en forma de instituciones arbitrarias, falsas creencias, etcétera.

"Está en el núcleo central de toda cultura que el hombre no se someta ciegamente a la brutal arbitrariedad del proceso natural, sino que luche contra ella, para dirigir su destino de acuerdo con la propia aspiración: así romperá también las cadenas que él mismo se ha forjado, cuando la incertidumbre y la superstición enturbiaban la perspectiva libre".

De acuerdo con esto, el proceso cultural significa una constante tendencia a la liberación del hombre de cuanto contribuye a restringir o aplastar su personalidad. Proceso que tiene lugar, desde luego, dentro de la colaboración social, en su más amplio sentido, del mismo modo que en la naturaleza, el apoyo mutuo (referencia a Kropotkin) es el factor más decisivo en la conservación y evolución de las especies.

"Pero —observa Rocker— si la cultura no es otra cosa que una continua superación del primitivo proceso natural y de las aspiraciones políticas de dominio dentro de la sociedad, que constriñen el proceso vital del hombre y someten su actividad creadora a la coacción externa de formas rígidas, entonces, según su esencia interna, es en todas partes la misma, a pesar del número siempre creciente y de la variedad infinita de sus formas especiales de expresión. Por eso, la noción de la supuesta existencia de culturas puramente nacionales, de las cuales cada una en sí constituye un todo cerrado, que entraña las leyes de su propio origen, nò es tampoco más que una representación del deseo que no tiene nada de común con la realidad de la vida. Lo común que sirve de base a toda cultura es infinitamente más grande que la diversidad de sus formas exteriores, que en gran parte son determinadas por el ambiente".

No sólo es absurdo hablar de una cultura nacional como de algo completo y cerrado, sino que el progreso cultural requiere interferencia y colaboración entre pueblos y grupos étnicos. De hecho, en el patrimonio cultural de la humanidad, han colaborado hombres y grupos de las distintas características étnicas. La cultura es, por tanto, universal y no puede encerrarse en limitaciones político-nacionales. De ahí su significación revolucionaria. Un régimen político, un imperio, pueden sucumbir sin dejar huellas tras sí. Una creación de cultura sobrevive siempre a sus propios creadores. La cultura griega penetró en Roma, que había avasallado las repúblicas helénicas. La cultura china persistió, a pesar de la brutal invasión de los mogoles, los que fueron conquistados por aquélla. Y así sucesivamente.

Partiendo desde ese punto de vista, establece Rocker una antinomia fundamental entre el **PODER** y la **CULTURA**, la misma que existe entre Estado y sociedad. El poder es siempre estático, conservador, reaccionario. Responde a la voluntad de dominio de una minoría privilegiada. La cultura, en cambio, se realiza en un proceso de constante creación, es obra de la comunidad social y avanza expresándose en formas cada vez más superiores, destruyendo los obstáculos que le oponen los poderes eclesiásticos y estatales. Si la Iglesia y el Estado terminan por reconocer las innovaciones culturales que antes habían resistido, es sólo para convertirlas en dogmas rígidos que obstaculizan su ulterior progreso.

Rocker no se limita a una simple exposición conceptual y esquemática de sus ideas, sino que demuestra su validez mediante un conjunto de hechos que encierran toda la historia de la humanidad. A través de las diversas sociedades históricas, de las concepciones religiosas y filosóficas y normas de convivencia, señala las sucesivas manfestaciones del poder, del estatismo y del nacionalismo, como factores negativos de la evolución, que nos ha llevado al actual terrible estado de cosas.

Impugna, en primer término, la concepción marxista del materialismo económico, como explicación de todos los fenómenos políticos y sociales. La considera insuficiente y parcial, pues en los hechos sociales intervienen, aparte del factor económico, la voluntad y los fines humanos, los que no pueden medirse con fórmulas científicas. Dicha concepción ha dado lugar a un fatalismo optimista, en cuanto a la instauración del socialismo, que ha perjudicado seriamente a su verdadera realización, que nunca puede ser mecánica ni dictatorial, sino que debe basarse en la cooperación y la voluntad de los grupos humanos. Por otra parte, ha subestimado la **VOLUNTAD DE PODER** de las minorías sociales y que, según Rocker, constituye una de las fuerzas motrices más importantes de la historia. Ello ha sido, quizás, producto de una falsa concepción de la naturaleza del poder político, que no es simple consecuencia del privilegio económico, sino realmente creador de privilegios y desigualdades sociales. Prueba de ello, las clases burocráticas de los países totalitarios —Rusia inclusive— donde el privilegio se basa primordialmente en el dominio político.

Ahondando en el concepto de poder estatal, Rocker demuestra fácilmente sus comunes raíces con la religión. La religión nace del sentimiento de dependencia de los hombres, frente a poderes superiores desconocidos. La sumisión de los poderes terrenales requiere igualmente un fuerte sentimiento de dependencia de los súbditos hacia los jefes y los amos. Todo poder es primordialmente sacerdotal y ese carácter se ha mantenido a través de las distintas formas de poder. No hay poder político que no se apoye en una religión. Aun aquel que combate las viejas religiones o propugna el ateismo, trata de inculcar al pueblo nuevas creencias de tipo religioso, fomentando la adoración irracional de los jefes y dándoles un carácter de infalibilidad. "Toda política, en última instancia es religiosa en cuanto intenta mantener el espíritu del hombre en las cadenas de la dependencia". "Así como en la religión Dios lo es todo y el hombre nada, en la política el Estado es todo y el hombre nada". Así sintetiza Rocker el carácter religioso y la tendencia final del poder, que ofrece en la hora actual expresiones harto visibles.

Al considerar la aparición del Estado nacional moderno, Rocker coincide con Kropotkin en que el mismo se produce al fin de la Edad Media, cuando floreció en Europa una infinidad de comunas y de ciudades libres, mediante las cuales la cultura se salvó de un hundimiento total, junto con el fin del Imperio romano. La idea de "nación", como la de "Estado", era ajena a los hombres de las ciudades y comunas medioevales, que fueron un eficaz refugio frente a la barbarie feudal y al afán de dominio de las monarquías nacientes. Sólo cuando la expansión del mercantilismo en las repúblicas urbanas dió lugar a mayores unidades económicas y el capital comercial requirió una mayor protección, surgieron las formas políticas más vastas y poderosas. Ello dió lugar al crecimiento de la realeza, a la restricción de los poderes feudales, pero también a la liquidación de las ciudades libres, para dar lugar al absolutismo monárquico y al Estado centralizado que luego, a través de la revolución francesa y de Napoleón, se transfirió a la democracia.

El absolutismo significó, naturalmente, una rémora para el progreso económico y cultural de los pueblos. Surgieron entonces corrientes ideológicas y movimientos populares encaminados a romper las trabas monárquicas y abrir nuevos cauces al desarrollo social. La doctrina del contrato social, que basa la sociedad en un convenio celebrado entre sus integrantes, fué un golpe de muerte para el presunto derecho divino de los reyes. Y aunque en su interpretación rousseauniana dió lugar a una nueva concepción reaccionaria, no cabe duda que ella significó el impulso más poderoso de la revolución democrática.

Rocker analiza detenidamente esas corrientes ideológicas, estableciendo una neta diferencia entre los conceptos de **LIBERALISMO** y **DEMOCRACIA**, que suelen confundirse lamentablemente. El liberalismo parte de los derechos del individuo, como elemento integrante de la colectividad, considerando que ésta ha de estar al servicio de aquél y no a la inversa. Partiendo de este punto de vista, una pléyade de pensadores, precursores y contemporáneos de la revolución francesa, coincidieron en la necesidad de restringir las atribuciones del Estado, considerando, con Jefferson, que el **MEJOR GOBIERNO ES EL QUE MENOS GOBIERNA**. Los males y abusos inevitables del poder fueron reconocidos sin reservas, distinguiéndose claramente entre sociedad y gobierno. Según lo expresa Thomas Paine, "LA SOCIEDAD ES, EN TODA FORMA, UNA BENDICION; EL GOBIERNO, EN EL MEJOR DE LOS CASOS, UN MAL NECESARIO". Este concepto era común a muchos escritores de distinta conformación espiritual, inspirado incluso

a algunos hombres de gobierno. El lado débil del liberalismo fué su subestimación del factor económico, como fuente de privilegios y de despotismo.

La democracia, en cambio, parte del concepto abstracto de pueblo, o mejor dicho del de "voluntad general", que a través de la ideología absolutista de Rousseau tuvo tanta influencia en la revolución francesa. La "voluntad general" se encarna en el Estado, que hereda el poder sagrado de los reyes. Robespierre, Saint Just y los demás jacobinos —precursores del totalitarismo, según Rocker— consideraban legítima la pena de muerte contra quienes no se sometieran a las decisiones del Estado soberano. No admitían ninguna asociación particular dentro del Estado y de ese modo fué prohibida por la Convención la organización gremial de los trabajadores. El jacobinismo desarrolló la "teología política" de Rousseau, creando la mística de la nación y del nacionalismo que, si bien sirvió de arma formidable contra la monarquía y el feudalismo, dió lugar a un nuevo absolutismo político que frustró los fines libertadores de la revolución. Napoleón, que procuró organizar un Estado donde no hubiera diferencias entre el poder militar y el civil, fué el heredero y la personificación de aquella concepción política.

Por otra parte, es propio de todos los movimientos de reivindicación nacionalista y de unidad nacional, aun cuando se realicen contra poderes extranjeros opresores, degenerar en formas reaccionarias, una vez que han logrado sus objetivos. La experiencia de las luchas nacionales en el siglo pasado y en el actual, lo demuestra sin una excepción. Los patriotas polacos, húngaros y yugoeslavos, que lograron constituir sus respectivos Estados después de la anterior guerra mundial, impusieron sistemas ultrarreaccionarios, oprimiendo a su vez a otras minorías nacionales. Del mismo modo, la agitación pro unidad nacional, como en los casos de Alemania e Italia en el siglo pasado, tiene necesariamente un contenido reaccionario, por nobles que sean las intenciones de sus propulsores. Así, observa Rocker, podrá haber una gran diferencia moral entre el idealista Mazzini, con su "teología política" y el sangriento dictador Mussolini. Política e ideológicamente, su parentesco es muy cercano.

Es evidente la importancia actual de esa observación. En oposición al brutal imperialismo nazi, se está desarrollando en los países invadidos por éste, como en los que pueden ser sus víctimas mañana —los de América inclusive—, una reacción nacionalista que puede llamarse refleja y que ha de fortificar indudablemente las tendencias reaccionarias "autóctonas". ¿No se producirá, en todas partes y en mayor escala, el mismo fenómeno ocurrido en Alemania cuando la invasión napoleónica?

Después de haber delimitado claramente la diferencia entre Estado y sociedad, entre liberalismo y democracia, Rocker establece también una distinción fundamental entre los conceptos de PUEBLO y NACION. Un pueblo es "una confluencia de seres humanos, que se produce por una cierta equivalencia de las condiciones exteriores de vida", un conjunto ligado por la comunidad de idioma y por ciertas características semejantes originadas por el ambiente en que ha vivido. Un pueblo puede existir, esté o no encuadrado dentro de un Estado determinado. La NACION, por el contrario, sólo se comprende como efecto y sostén del Estado, y resulta como consecuencia de creaciones artificiales, de aspiraciones políticas de dominio. Nacionalismo y estatismo, desarrollo y sistematización religiosa de las ideas de NACION y de ESTADO, llegan a confundirse así en una unidad indisoluble, totalitaria. El nacionalismo es la religión del Estado moderno, que reclama los más cruentos sacrificios y no tolera ninguna especie de divergencia o "herejía". El fascismo y el nazismo representan la expresión más acabada del nacionalismo moderno y su doctrina está condensada en la frase de Mussolini: "Todo para el Estado; nada fuera del Estado; nada contra el Estado".

En su función de mecanizar y degradar al hombre hasta convertirlo en un ente despreciable, el totalitarismo ha encontrado el terreno preparado con la técnica y la economía del capitalismo, que sacrifica a los productores a las exigencias de la industria y a ésta a los afanes de ganancia. El capitalismo creó el autómata humano, el "hombre de masa", que es para el totalitarismo verdadera materia prima para sus empresas de aniquilamiento de la cultura.

Rocker presenta con todo vigor esa terrible perspectiva que los hechos actuales presentan como real. Sin embargo, no desespera del porvenir de la humanidad. Cree que ésta posee aún energías ocultas y fuerzas creadoras que le permitirán superar la presente crisis, la más grave que ha encarado en su historia. Pero, para que esas fuerzas puedan manifestarse y actuar eficazmente, es indispensable que los hombres adquieran conciencia de los males que sufren, de los peligros que los amenazan, así como de las causas que los han determinado. Es preciso alentar en todo lo posible las fuerzas libres existentes en la sociedad y contrarrestar la barbarie totalitaria, mediante nuevas corrientes ideológicas y sociales, diametralmente opuestas a las hoy dominantes. Sin pretender ofrecer ninguna fórmula concreta de salvación y sólo planteando a grandes rasgos el problema, Rocker expone, a través de esta obra, las líneas generales de su pensamiento en el gran problema de una nueva creación social. Al referirse a las influencias que la democracia y el liberalismo han ejercido sobre el socialismo moderno, señala que la democracia —en el sentido arriba expuesto— imprimió un sello estatista y centralista al socialismo, quitándole su contenido esencial, que sólo puede consistir en la liberación del individuo, como productor y como hombre, de toda especie de dominio y explotación. El liberalismo, por su parte, ejerció su influencia sobre el socialismo, dándole una orientación libertaria, anarquista. El anarquismo significa así una síntesis entre socialismo y liberalismo, es decir, una tentativa de unir la cooperación y la igualdad en el terreno económico, con una completa libertad política. En esa línea ideológica, que fué la de toda su vida de militante, fija Rocker su concepción de las luchas liberadoras del futuro, afirmando: "¡Hay que liberar del capitalismo a la economía! ¡Hay que liberar del Estado a la sociedad! Bajo estos símbolos se librarán, en un futuro próximo, las luchas sociales que abrirán el camino a una nueva era de libertad, justicia y solidaridad. Cada movimiento que sacuda al capitalismo en sus núcleos esenciales y tienda a libertar la economía de la tiranía de los monopolios; cada iniciativa que dispute al Estado su actividad y, quitándole eficacia, tienda a que el poder pase a depender directamente de la vida social, es un paso más hacia la libertad y hacia el advenimiento de una nueva era. Todo lo que tienda a una meta contraria, llámese como se llame, afirma consciente o inconscientemente los baluartes de la reacción política, económica y social, más amenazadora hoy que nunca".

Se podrá o no estar de acuerdo con las conclusiones a que arriba Rocker, a través de su largo estudio sobre el desarrollo del nacionalismo y la cultura. Pero lo que no creemos que pueda hacerse fácilmente es refutar los conceptos en que se basa o invalidar el rigor lógico de su pensamiento. Como lo declara él mismo, hay ideas y demostraciones concretas que chocan violentamente contra los prejuicios reinantes, sobre todo cuando éstos revisten un carácter religioso, como ocurre en el caso del nacionalismo moderno.

Hemos procurado presentar brevemente en esta nota las ideas fundamentales contenidas en ese gran libro, las que se hallan expuestas en la primera parte del mismo. Razones de espacio nos impiden ocuparnos de la parte segunda, que es, sustancialmente, una demostración detallada de los conceptos sostenidos en aquélla, en lo que se refiere a la antinomia existente entre poder y cultura y a la falta de una verdadera base cultural del mito nacionalista y racial. Refuta la creencia de que la nación se asiente sobre una comunidad de intereses, puesto que las diferencias de casta y de clase, dentro de cada país, priman siempre sobre el llamado interés nacional. Niega la nación como unidad idiomática, demostrando cómo en la elaboración de todo idioma interviene el aporte de distintos pueblos, así como las sucesivas creaciones de la técnica y del ambiente cultural, estando todo idioma en un constante proceso de evolución. Desmenuza las teorías raciales de Gobineau y de Chamberlain, que los nazis se han apropiado, desarrollándolas hasta un grado de delirio. Demuestra que el arte y la ciencia son esencialmente "anacionales", pues ninguna de sus grandes creaciones puede considerarse obra de un determinado núcleo nacional ni quedar dentro de los límites del mismo. Contrariando un prejuicio bastante arraigado, demuestra que la descentralización política favorece el desarrollo de la cultura, mientras el centralismo y el despotismo la sofocan. Al efecto, hace destacar la fecundidad creadora de Grecia —que nunca fué un Estado nacional— en todos los dominios de la cultura, en contraste con la esterilidad romana, que sólo fundó instituciones políticas de dominación.

El libro de Rocker constituye un aporte inapreciable, no sólo para aquellos que quieran conocer las causas profundas de la actual situación mundial y comprender el significado de las tendencias dominantes —las que se concretan en un estatismo creciente que domina a las propias democracias—, sino también para los que se dispongan a la lucha activa, a la militancia incesante y tenaz, en defensa de los bienes más preciados de la humanidad: la libertad y la cultura.

JACOBO PRINCE

Un Hecho Repudiable

El alevoso atentado de que ha sido objeto Waldo Frank, al ser agredido en una forma característica de los métodos totalitarios, por un grupo de individuos que actúan, sin duda, bajo la instigación y órdenes de las fuerzas reaccionarias del país, ha tenido profunda repercusión en nuestro pueblo. La indignación ha sido tan general, tan honda, tan intensa, que con certeza ningún hecho, en los últimos tiempos, ha conmovido más a la opinión pública que este repudiable ataque.

Si los fascistas pretendieron realizar un acto espectacular para contrarrestar el efecto del último mensaje dirigido por Waldo Frank al pueblo argentino, si abrigaron la intención de atemorizar tanto al escritor como a los combatientes antitotalitarios, pueden tener la certidumbre de haber efectuado la acción más contraproducente que podrían haber planeado. Porque al hecho de evidenciarse que no se trata sólo de una agresión personal, sino de un ataque a la cultura, a la expresión de ideas, se agrega el estigma de la cobardía puesta de relieve, que produjo una reacción inmediata de indignada repulsión.

En las luchas políticas y sociales, en la fricción y el enfrentamiento de las fuerzas que pugnan por una mayor libertad o por el sometimiento de la humanidad bajo fórmulas de poder absolutista, pueden justificarse en cierto momento la agresividad, el ataque vehemente e irreflexivo, la actuación impelida por sentimientos más que por la razón, siempre que exista sinceridad, aun la más equivocada actitud sincera. Pero lo que no tiene justificación, es la carencia de valentía, la premeditación alevosa y la utilización de elementos irresponsables para la ejecución de actos de la naturaleza del que nos referimos.

Waldo Frank no ha venido al país como agitador político, ni ha pronunciado discursos aptos para ser dichos junto a las barricadas. Nos ha hablado como expositor sereno de los hechos actuales, como informante de lo que a su juicio ocurre a través de esta guerra en todo el mundo, y lo que él percibe debajo de la misma. Ha hecho una crítica del régimen presente, de las principales tendencias que dirigen, intervienen o se oponen de una u otra manera al curso presente de los acontecimientos. Este ha sido sin duda el aspecto más sólido de sus exposiciones, con el cual hemos coincidido, y con nosotros hombres que militan en distintos sectores sociales. Y si en algo pudo defraudar a quienes escuchaban con enorme atención sus palabras, fué en la falta de soluciones, de orientaciones precisas, para los múltiples problemas que es necesario encarar y resolver, en estos angustiosos instantes de la humanidad. Invariablemente ha repetido, ante tal apremio, que él no es hombre político, ni formula programas políticos.

Pero hay algo que puede afirmarse rotundamente: la sinceridad de Waldo Frank; la consecuencia entre el escritor y el hombre, tan poco frecuente en la mayor parte de los intelectuales. Al escucharle, infundía en el público el sentimiento de fe y confianza de que se halla impregnado; el tono del mensaje, casi profético, del orador, se transmitía y hallaba amplio eco en su público. Hay algo de creencia mesiánica en el sentido que dirige Frank su apelación a los hombres y mujeres de los países del continente que visita. El —hombre no político— cree en la realización más o menos inmediata de los ideales que propicia y difunde; cree que inevitablemente serán comprendidos por todos los integrantes de la sociedad, sin distinción de clases ni castas, de posiciones sociales, y hasta por quienes están ubicados en las más altas esferas gubernativas.

Nosotros, participantes de la lucha social, hemos tenido oportunidad de manifestar a Frank nuestra profunda incredulidad en el mismo sentido. Nuestra absoluta falta de confianza en las manifestaciones demagógicas de los gobernantes sedicentes demócratas. Nuestra convicción de que todos ellos —aun en el supuesto de que haya hombres sinceros en aquellas esferas— son incapaces de aplicar métodos que superen la crisis presente del régimen; impotentes para extirpar sus contradicciones, para lograr reconstruir sobre los cimientos tambaleantes de esta sociedad cuyo desmoronamiento precipita la guerra, nuevas y más justas formas de organización social.

Tenemos plena conciencia del estupor que debe de haber producido en el espíritu de Waldo Frank la declaración gubernamental de persona no grata. Estupor sólo comparable con el que ha experimentado la opinión pública, que no ha hallado en Waldo Frank al agitador contra quien se pudieran adoptar medidas semejantes. Fué entonces cuando se confirió mayor valor a sus expresiones anteriores y, lo que pudo haber sido un alejamiento del país sin excesiva trascendencia, pasó a ser un hecho destacado, que absorbió intensamente la atención y promovió el comentario popular. En cierto modo, tuvo significación simbólica, teniendo en cuenta la personalidad del escritor y las ficciones democráticas de nuestro régimen.

Por tales circunstancias, el mensaje de despedida de Frank adquirió una importancia extraordinaria. La sinceridad de sus juicios mereció incluso el respeto de la prensa más burguesa del país, que estableció que de ninguna manera podían juzgarse ofensivas sus palabras reveladoras de hechos irrefutables, respecto de la Argentina, máxime teniendo en consideración que no ha omitido toda crítica que creía justa hacia su propia nación de origen. Su clara diferenciación entre el sentimiento popular y la posición oficial de la Argentina, en el orden internacional, ha afectado con exactitud, produciendo las respectivas manifestaciones de aplauso y de irritación, tanto en el pueblo como en los círculos dirigentes.

Después de ello el atentado, la agresión personal, el intento criminal.

Este doloroso episodio tiene, sin embargo, sus consecuencias aleccionadoras. No para nosotros, que no necesitábamos de esta vergonzosa demostración para saber qué es el fascismo y cómo actúa. Pero sí para muchos de los oyentes de Waldo Frank, y para otros que ni siquiera escucharon sus palabras. Y el ejemplo de aquél, al repeler la agresión, manifestando luego que es una fase de la guerra, que hay que afrontar con decisión, ha tenido la virtud de galvanizar el espíritu de muchos hombres, de hacerles comprender que solamente imitando esa actitud, en forma orgánica y constante, en la lucha diaria, será posible vencer a las fuerzas totalitarias, que actúan en forma descarada o encubierta.

Afirmamos que Waldo Frank, no sólo ha conquistado el afecto y la consideración de persona grata por parte de nuestro pueblo, sino que ha superado con sus últimas actitudes, en cuanto a eficacia, sus éxitos como orador.

Después de la Guerra

HABRA QUE GANAR LA RECONSTRUCCION

Ya no son los opositores permanentes del régimen capitalista, los únicos en afirmar la profunda conmoción que está sufriendo todo el sistema societario vigente, a través de la actual contienda. Ahora son los totalitarios quienes se lanzan a una persistente campaña de propaganda, tendiente a demostrar que la guerra presente no es otra cosa que una gigantesca revolución mundial.

Incita a la reflexión esta consigna de penetración ideológica, emanada simultáneamente de las tres capitales de los países firmantes del pacto tripartito. Porque evidencia, además de cierto desconcierto e incertidumbre con respecto de los resultados de la misma lucha que ellos estimularon con su agresividad, una preocupación profunda por encauzar, dentro de sus fórmulas, la inevitable situación caótica posbélica. Los totalitarios expanden, a través de sus voceros oficiales y oficiosos de todo el mundo, lemas cuya elasticidad les permite adaptarse a la guerra o a la paz; que podrían aplicarse en caso de victoria o intentar imponerse en forma subrepticia en la alternativa desfavorable de la derrota.

He aquí un gran peligro, que nos parece prudente señalar. A través del horror y la tragedia de la actual matanza de pueblos, una palabra proyecta un haz de luz y de esperanza: **Reconstrucción.** Para todos nosotros, la reconstrucción implica una mayor justicia social, un régimen de más libertad, una distribución equitativa de las riquezas colectivas; en síntesis, la superación del injusto sistema social capitalista. Es el sentido ideal que conferimos a un término que puede expresar todo aquéllo, no advirtiendo que podría enunciar lo diametralmente opuesto a nuestras aspiraciones.

También los totalitarios se aprestan a imponer su tipo de reconstrucción. Incluso comprenden que el mundo posbélico será distinto en absoluto al preguerrero. Y sus presuntas doctrinas y fórmulas salvadoras de la actualidad son tan opuestas a las que dieron nacimiento e impulso a los movimientos fascistas en sus respectivos países, que bien merecen les dediquemos atención.

Por cierto, no nos interesa demostrar que el cuerpo de doctrina del nazi-fascismo es contradictorio para deducir su falsedad ideológica, ni necesitamos establecer ésta para llegar a la conclusión de que es repudiable. Nos preocupa más el aspecto táctico; todo aquello que se intentará aplicar a través de los acontecimientos próximos, todo lo que constituyen sus planes de dominación futura de la humanidad.

En este sentido, se destaca la propaganda totalitaria que propicia una reconstrucción mundial sobre la base de la creación de grandes núcleos regionales, integrados por naciones independientes hasta el estallido de la guerra, cuya existencia como tales desaparecería definitivamente para quedar supeditadas a las potencias "capaces de dirigir" su economía, política y educación; en síntesis, su vida y su porvenir.

Hemos leído, en publicaciones al servicio de los gobernantes alemanes y japoneses, diversos proyectos coincidentes en la misma finalidad, cuya efectivación implicaría que toda Europa y Africa deben quedar bajo la hegemonía germana —esto explica el silencio al respecto de los fascistas italianos—; el Asia, Australia y gran parte de las tierras bañadas por el Océano Pacífico, bajo la tutela nipona; quedando nuestro continente, que también debiera estar dirigido por una sola potencia, tarea que según esos proyectos corresponde a los Estados Unidos, aunque no dirigidos por Roosevelt y la "plutocracia capitalista yanqui". Otros trabajos, teniendo en cuenta el régimen y la mentalidad de los dirigentes y el pueblo norteamericanos, asignan esa misión a la Argentina, cumpliendo de paso la labor de halagar la vanidad de sus gobernantes, estimular sus probables ambiciones imperialistas y hacerlos marchar más al ritmo de la política internacional nazifascista. Pero esto, sin duda, no es digno de consideración.

Quedarían constituídos, pues, tres grandes bloques, de cuyos centros dependerían poderosos ejércitos, o uno solo bajo la dependencia de un Consejo Interregional compuesto por las tres naciones rectoras de toda la humanidad. Este Consejo tendría a su cargo la economía mundial, disponiendo de todas las materias primas y de los elementos de producción; clasificaría los pueblos en superiores e inferiores, en grados diversos, y con tal criterio asignaría las cuotas correspondientes en la distribución de los productos; en una palabra, eliminaría todos los obstáculos que la división por naciones, barreras aduaneras, etc., y la intervención del capitalismo privado oponen al intercambio y utilización de las riquezas de nuestro planeta.

Dejando de lado la probabilidad de que se cumpla el plan reproducido, o sea un mero proyecto destinado a la inaplicación y olvido, nos parece que, por su procedencia, requiere análisis.

En primer término, llama la atención el hecho de que los nazifascistas arrasen por completo con las tendencias nacionalistas exaltadísimas anteriores. Las mismas fuerzas que actualizaron en la mayor parte de los países la noción de patriotismo, elevando su presión hasta el más irracional chauvinismo; las que fomentaron las autarquías nacionales, erizaron sus límites territoriales e impusieron gravámenes prohibitivos a los productos de otras tierras; las que, tras el culto a la respectiva bandera nacional, si no al jefe providencial, inocularon en la juventud el odio hacia los países vecinos o hermanos, hablan ahora de abolir las fronteras, de suprimir en la práctica las nacionalidades, de reemplazar los múltiples nucleamientos locales por una organización y estructura internacional.

Estamos seguros que estas nuevas consignas no seducen ni convencen a ningún hombre estudioso y bien intencionado. Pero contrasta esta tentativa de adaptación a la realidad, estos esfuerzos desesperados por mantener sus siniestros objetivos fundamentales aun a costa del sacrificio de todas sus preocupaciones secundarias, con la actitud de los dirigentes e ideólogos democráticos del presente, que permanecen aferrados a sus viejas fórmulas, ciegos y sordos al desmoronamiento del régimen del capitalismo y de los múltiples Estados soberanos, cuya agrietada estructura, a lo sumo, pretenden mantener con refecciones parciales y apuntalamientos improvisados.

Mientras no procuremos superar con métodos revolucionarios las gravísimas fallas de la democracia capitalista, dejaremos el campo libre al enemigo totalitario, que no es conservador sino usurpador, que posee una gran audacia, agresividad y falta de escrúpulos tan enorme, que le permite adaptarse a cualquier circunstancia con tal de imponer sus objetivos finales.

Ya hemos visto al nazismo pactar eventualmente con los bolcheviques. No nos extraña que ahora abogue contra el nacionalismo, como no nos extrañaría que renunciase a la lucha contra los judíos y aun que llegara a un "acuerdo de caballeros" con ellos. Pero a lo que el nazismo, ni el fascismo, ni cualquier otra forma de gobierno totalitario renunciarán es a la idea del Estado, del Estado cada vez más fuerte y avasallador, cuyo poder se extienda constantemente, controlando y dominando cada una de las actividades humanas.

Y la "reconstrucción" que nos prometen sus voceros estará orientada esencialmente por ese propósito, cuyas consecuencias, aplicado en escala mundial, podemos deducir ya juzgando la situación de los pueblos invadidos por sus ejércitos.

Comprobamos, además, que los gobernantes democráticos también propician el fortalecimiento del poder estatal para la solución de los grandes problemas de la posguerra y la reconstrucción. Sus ataques, por el momento, se concentran sobre los métodos del capitalismo privado, con lo cual obtienen la doble finalidad de sobreponer las necesidades del Estado al deseo de ganancia particular, justificando una política absorcionista y confiscatoria, y de realizar una evidente táctica demagógica con vistas a demostrar al pueblo que la guerra afecta todas las clases sociales por igual.

Es difícil hallar la solución que dentro del orden existente piensan dar los gobernantes de los países democráticos a este problema, ya que no se declaran dispuestos a reconocer la necesidad de una verdadera socialización y coordinación mundial.

Si trataran de restablecer, después de la guerra, el régimen anterior, restituyendo el poder del capital privado, procurando normalizar la economía nacional, readaptar la actual industria bélica a la producción civil, conquistar nuevos mercados, etc., esta tarea, aparte de impracticable, dejaría en vigencia todos los problemas previos, agravados con los creados por la guerra. Recordemos que la desocupación no ha sido absorbida totalmente por la intensísima producción bélica; este solo aspecto, con todas sus consecuencias, permite comprender cómo no habrá solución por este camino.

Y si procuran centralizar todos los poderes en el Estado, dirigir con métodos expeditivos la economía y la política, arrollando las aspiraciones del pueblo y sometiendo al capitalismo privado en nombre de las necesidades esenciales de la Nación, ¿en qué se diferenciarán de los gobernantes totalitarios?

El capitalismo privado, por otra parte, no se da por vencido, y también intenta por todos los medios readquirir su poderío en la reconstrucción.

Podríamos citar muchos ejemplos de actividades en tal sentido, pero citaremos sólo uno, elocuentísimo. En la vigésima convención anual de la Asociación de Banqueros Inversionistas de los Estados Unidos, celebrada a principios de junio de este año, su presidente, Emmett F. Connely, hizo declaraciones muy interesantes. Dijo que el sistema de libertad de empresa, de propiedad privada, de libre circulación del capital privado, tenía que afrontar ahora la más aguda de las crisis. Instó a los miembros de la Asociación a que "trabajasen con celo de misioneros por la restauración del típico sistema estadounidense de libertad de empresa, inversiones bancarias particulares, ahorro, contribuciones que no asfixien y una deuda nacional que no empobrezca al pueblo de los Estados Unidos".

Finalmente, se expresó en estos términos: "Por todos lados oímos decir que el capitalismo ha fracasado. No es verdad que haya fracasado el capitalismo, sino que al hecho de habérsele opuesto toda clase de obstáculos se debe lo que está sufriendo el país. Lo que necesitamos, lo que nos es indispensable, es el retorno del capitalismo, el que vuelvan aquellos días en que los hombres y el capital marchaban juntos".

Y ahora retornamos al punto dejado en suspenso al comienzo de este trabajo. A través de la precedente enumeración de las actitudes de algunas de las fuerzas que tienden a que la reconstrucción posbélica se realice de acuerdo a sus intereses de clase o de casta, advertimos que los pueblos, después de los enormes sacrificios impuestos por la guerra, tendrán que disputar palmo a palmo, en la paz, sus derechos y libertades, a riesgo de perderlos definitivamente.

Reaccionemos contra las infundadas esperanzas, sin otro motivo que su grata fonética, en el término "reconstrucción". Rechacemos la creencia mesiánica de que la guerra solucionará todos los males pasados y presentes y que inevitablemente devenirá una sociedad mejor. "Reconstrucción", a secas, puede ser sinónimo de cualquiera de las finalidades de nuestros enemigos. Puede ser también un habilísimo ardid mediante el cual se logre engañar nuevamente a los pueblos, impidiendo el estallido de su protesta y la demanda de sus derechos, a través de una espectacular reconstitución con los viejos materiales, hoy convertidos en escombros.

Por eso entendemos que si es nuestra intención infundir a la reconstrucción posbélica un sentido de afianzamiento de la libertad, plenitud de los derechos populares, justicia social, coordinación de la economía, socialización de la tierra y equitativo disfrute de todas sus riquezas, debemos comenzar a trabajar desde ahora, con firmeza, para que ello se realice. Y hacerlo con la profunda convicción de que nada se obtendrá graciosamente, que nada será determinado fatalmente por los acontecimientos, si nuestros esfuerzos no logran aprovechar con táctica e inteligencia aquéllos, orientándolos y no marchando a su deriva. En cada uno de los países del continente, tenemos en este sentido una vasta labor a efectuar. Hemos confiado hasta ahora demasiado en la fraseología huera que nos suena como un eco del pasado, que carece de perspectiva y aplicación hacia el futuro. Nos hemos visto forzados a poner en primer plano la lucha contra el totalitarismo, sin duda alguna el primero y más peligroso enemigo, circunscribiéndonos en la parte que debiera ser constructiva a una actitud de defensa de minúsculas libertades y derechos que aun se conservan. Pero nos hemos aferrado demasiado a la defensa de lo existente —que sólo se podrá retener atacando—, sin pensar que vivimos en un régimen que se desmorona, que apenas se sostiene y para cuyo reemplazo nada tenemos adelantado.

Además, si los fascistas hablan abiertamente de revolución mundial, ¿por qué en las filas de sus opositores infunde de tanto temor este término?

A. CUPIT

EL PUEBLO OBTUVO LA GRAN VICTORIA

EL proceso de Bragado llegó a su fin. Su tramitación, larga y azarosa, deja un saldo favorable de experiencias que quizá podamos utilizar con provecho.

Es ostensible el divorcio existente entre la justicia y la opinión pública argentinas. Aquélla actúa a puertas cerradas, siguiendo normas procesales anacrónicas que todas las sociedades democráticas contemporáneas abandonaron hace mucho tiempo, reemplazándolas por otras más eficientes. El pueblo se ha acostumbrado a dejarla hacer, con perniciosa indiferencia.

La Constitución Nacional dispuso que se estableciera el jurado para juzgar las causas criminales. Pero, después de noventa años, el mandato está todavía por cumplirse. ¿Desdén, despreocupación, incapacidad, inercia de los poderes colegisladores?... Probablemente todas esas causas, concurriendo con otras más complejas.

Lo cierto es que el viejo andamiaje de la administración de la Justicia Penal Argentina, nos avergüenza a todos los que todavía conservamos la sensibilidad jurídica intacta.

La Asociación Pro Juicio Oral, entidad fundada y sostenida por destacadas personalidades de nuestro Foro, se halla empeñada en modificar ese estado de cosas mediante la abrogación del procedimiento inquisitorial y escrito y su reemplazo por el juicio público y oral. En un congreso realizado últimamente se oyeron opiniones auspiciosas y se votaron excelentes proyectos.

Hace más de un cuarto de siglo que la provincia de Buenos Aires sancionó el Código de Procedimientos Penales en vigor, obra del Dr. Tomás Jofré, jurista singularmente dotado. Se establece en él el derecho de opción entre los procedimientos escrito y oral en beneficio de los procesados.

Vuotto, Mainini y De Diago, en su hora, optaron por el procedimiento oral, público y en instancia única. Pero, contra toda previsión legal, ese derecho les fué desconocido.

¿Por qué?... Es conveniente divulgarlo.

La instrucción del sumario adolecía de gravísimos defectos. Las pruebas habían sido reunidas por medios repudiables. Confesiones extorcadas, testimonios tergiversados, violencia, abuso y parcialidad, asomando por todas partes.

Según el procedimiento escrito todo eso tenía validez. El procedimiento oral exigía, en cambio, que se hiciera todo de nuevo, en público y bajo el contralor de la defensa. Esto bastaba para asegurar la absolución de los encausados. Por eso, se les denegó el juicio oral. Estaban condenados desde el principio. Los jueces se habían convertido en parte, y la defensa, sin más armas que la ley y la razón, se estrelló ante sus condenables designios.

Cuando nos convencimos de que la voz de la defensa clamaba en vano ante los estrados, resolvimos hablarle al pueblo e imponerle de la tremenda tragedia.

La prensa, el libro, el folleto, la tribuna levantada en todas partes, difundieron la verdad a los cuatro vientos, pese a las mil trabas que se pusieron en nuestro camino.

La voz del pueblo se unió a la nuestra y, convertida en clamor, reclamó sin cesar la LIBERTAD DE LOS PRESOS DE BRAGADO.

Ha encontrado eco, al fin, y las tres víctimas de la infame trama ya están en libertad.

El pueblo trabajador los ha rescatado. Suyo fué el dolor, suya la angustia de la espera, suyos el tesón en la lucha y los laureles del triunfo.

Este aleccionador episodio será útil a todos. Los malos jueces cargarán con las responsabilidades morales de sus desaciertos; el pueblo adquirirá la convicción de que no hay causas perdidas cuando alientan en su seno la justicia y el derecho.

Y la solidaridad obrera, fuerza social de primera magnitud, alumbrará, con mayor intensidad, el sendero de las luchas que se avecinan.

ENRIQUE CORONA MARTINEZ

VISION DE LA PAMPA ARGENTINA

UNA palabra aymara ha dado nombre genérico al territorio que forma la República Argentina. Antes de la dominación incaica, los aymaras incursionaron hasta las extensas llanuras meridionales, llamándoles la atención su peculiar característica, extraña para ellos, pero semejante a las mesetas andinas que denominaban "pampas". Y pampa se llamó a la vasta zona comprendida entre la cordillera de los Andes y la costa atlántica, que se extiende desde los confines del Altiplano hasta la Tierra del Fuego. La misma palabra ha servido para nombrar a los primitivos pobladores de la llanura (los "indios pampas") y sus derivados, "pampeano" a cuanto se relaciona con la tierra y "pampero", al viento frío y veloz que proviene de las zonas australes.

Para los aymaras y, posteriormente, para los quechuas del Imperio Incaico y también para los conquistadores, todo el territorio que se extiende al sur del Altiplano, no fué otra cosa que una pampa. Pampas, en efecto, los desiertos chaqueños, las planicies esteparias, la pampa propiamente dicha (del centro) y la Patagonia; tierras planas y bajas, son las más dilatadas llanuras continentales. Ha quedado el nombre como una denominación genuinamente americana, acertada y que, en el país más occidentalizado de Sur América, es como el sello indígena que, a su pesar, tienen que usarla hasta los que como Ezequiel Martínez Estrada, para quien los indios americanos no tienen pasado, al nombrar su libre interpretativo de la Argentina, ha puesto dos palabras, para nosotros simbólicas. Un neologismo y una palabra aymara. Llámase su libro, de agudas puntas de lanza para la quietud espiritual argentina y de sugestivos planteamientos polémicos: "Radiografía de la Pampa".

Nuestra visión de la pampa argentina no es sino la del viajero que la cruzó en ferrocarril. Cuando la geografía adquiere dimensiones grandiosas, no sólo es perceptible en nuestro sistema sensorial, sino que gravita en el espíritu. Y más aun, si nuestra presencia es en un medio extraño. El mar, la selva, los grandes ríos, para los hombres de los Andes, no son únicamente nuevas expresiones de la naturaleza. Son "mundos" inéditos que nos dejan la impresión de los descubrimientos, añadiendo nuevas zonas a nuestra conciencia.

Penetrando en territorio argentino, crúzase la prolongación del Altiplano; las serranías que quiebran el horizonte, nos son aún familiares. Lo nuevo empieza con el llano chaqueño, cubierto de bosque bajo, para seguir venciendo las distancias de la llanura llamada "estepa interior", muy parecida a ciertas regiones altiplánicas por su aridez y las manchas salitrosas que se pierden en las lejanías. Todo el recorrido es de tierra plana; puede decirse que el tren navega. La ferrovía parece tendida en línea recta, sin que sean notorios los escasos accidentes topográficos. Nuestro sentido visual no es ajeno a la pampa, pues el Altiplano no es sino una altipampa, con perspectivas que le dan las sierras o las grandes cadenas cordilleranas. Con la misma ansiedad con que descubrimos el mar, esperamos la revelación de la pampa.



Dibujo del autor, realizado por Pedro Olmos.

Para el hombre del Altiplano, la pampa es la presencia de una nueva expresión de la naturaleza, donde la tierra cobra su sentido elemental. Como el agua en los mares. La impresión de amplitud, de extensión, de horizontalidad, donde la planimetría terrestre no es modificada por la más mínima elevación, sólo puede sentirse en la pampa argentina. Allí no se vé una sola piedra que, como un lunar, pueda alterar el lomo gris de la llanura. A donde se dirija la mirada, ella se pierde en su máximo poder visual, en una línea difusa, tirada al infinito y que se confunde con el cielo. Esta sensación de vastedad a que da origen la pampa, sobrecoge el espíritu, como si al enfrentarse con ella, asecharan fuerzas desconocidas. Y es que nos encontramos en un medio extraño a nuestros sentidos, en un espacio donde se "siente" el poder invisible de lo telúrico y, donde, para quien no ha nacido en él y adaptado sus órganos sensitivos existen, evidentemente, peligros. Sólo los personajes de la pampa, el "vaquiano" y el "rastreador", conocen sus secretos. Para que exista perspectiva, debemos descansar la mirada en algo que tenga el sentido de la verticalidad; un árbol, una casa, una persona, bastan para quebrar la monotonía de la línea recta.

Sarmiento dijo de la pampa: "es la imagen del mar en la tierra". Así es, en efecto. Y como el mar ejerce influencia determinante en los países insulares o con grandes costas, la pampa, desde que hubo expresión política, desde la Colonia, puso su impronta, no solamente en la vida y psicología del pampeano, sino en el habitante de las poblaciones. De la pampa salió, según Sarmiento, la reacción contra las ciudades, en aquel trágico diálogo de "civilización y barbarie", que cubrió los primeros años de la República. La llanura engendró al hombre elemental que fué Facundo Quiroga, el "gaucho malo" y a Rosas, que hicieron del terror su arma política. Cuando la llanura tuvo significado económico, con la importación, por los españoles, de ganado y cereales, la hacienda pública como la privada, ha sido la de un país agropecuario en creciente desarrollo debido a la inmensidad y fertilidad de la pampa.

Nuestra interpretación quiere incidir más en la influencia que la pampa ha ejercitado y ejerce, en la vida espiritual argentina, pues ella se manifiesta con toda la fatalidad de una fuerza cósmica. A la extensión ilimitada de la tierra horizontal hay que asociar el vacío del silencio y la angustia de la soledad infinita, para comprender el "espíritu" de la pampa. La ausencia de perspectivas definidas —una casa o unos árboles, son como un velamen en el mar—, hacen inconcebible el panorama y el paisaje. El verdor de los pastos es la única nota de color que la "humaniza". Por ello hay que explicarse que, en el poema gauchesco representativo de la literatura argentina, en "Martín Fierro" predomine lo anecdótico, el sentido moral y filosófico. Hernández sólo hace alusiones esporádicas cuando se refiere al escenario por donde transitó su héroe: "esa inmensa llanura"; "todo es cielo y horizonte". La poesía de la pampa está en el corazón del gaucho.

La pampa con su soledad y su silencio crea en el hombre sentimientos de renuncia que le caen con la inexorabilidad del Destino. Martín Fierro, comienza sus cantos articulando estas palabras: es el hombre a quien desvela "una pena extraordinaria". Su agudeza de gaucho matrero valiente y quijotesco, a lo largo del poema, se diluye en la tristeza de sus cantos. Y, es que las entrañas humanas no traicionan. La euforia o la alegría de los hombres de otros paisajes, no contaban con él.

Hasta los intérpretes contemporáneos de la pampa, como Martínez Estrada, nos dicen: "La pampa es la tierra en que el hombre está solo como un ser abstracto que hubiera de recomenzar la historia, o de concluirla". "La pampa es una ilusión". De la Argentina dice: "país tan vasto, tan triste". "La pampa es un lugar de dispersión". Y Raúl Scalabrini Ortiz, escritor de las nuevas promociones, define así a la pampa en su libro también de título sugestivo, "El hombre que está solo y espera": "La pampa abate al hombre. La pampa no promete nada a la fantasía; no entrega nada a la imaginación. El espíritu patina sobre su lisura y vuela. Arriba está la fatídica idea del tiempo".

Como no podía ser de otro modo, la geografía de la pampa ha creado un **leit-motiv** en la vida argentina, y, por tanto, en su literatura. Contra el hado de la geografía no caben requisitorias. Hay que aceptarla y cumplir la misión con sus designios. En la entraña de esa tierra, de la pampa, "la más llana de todas las llanuras de la tierra, la más inmensa de las inmensidades", como la describe Keyserling, está parte del espíritu de nuestra América, —el continente de las selvas y los ríos amazónicos, de la cordillera luminosa, de las altas mesetas y de los valles profundos—, que viene encontrando su destino por la obra de los hombres que saben descubrir el alma del paisaje y el "espíritu de la tierra".

La Paz, julio de 1942.-

ABRAHAM VALDEZ



EL INSPECTOR

Un episodio de la Revolución Mexicana

DOS días después de mi llegada a la ciudad de Méjico me encontré con el general Cosío Robelo en el Café Colón. Venía él de Teoloyucán, donde aun estaba Carranza, y acababa de ser nombrado Inspector General de Policía. Nos felicitamos mutuamente, aunque sin decirnos ni saber exactamente por qué, y creímos deber coronar las expresiones de nuestro regocijo de revolucionarios triunfadores con grandes arrebatos musculares: crujieron mis pobres huesos entre sus brazos ursinos, se aplastó mi pecho contra el suyo, formidable como de gorila.

¡Gran amigo Cosío Robelo y gran catador! En aquella época su conversación era todavía abundante. Su temperamento no se asomaba aún a esa otra etapa —tan suya y tan sabia— que luego le ha ido haciendo abandonar más y más las palabras como apto vehículo del pensamiento, para quedarse al fin con la sola elocuencia de la sonrisa. Esta, sin duda, le servía ya para exteriorizar en bloque estados de ánimo de beatitud indiferenciada, de beatitud en que lo orgánico y lo mental no intentaban marcar sus linderos respectivos; pero, a diferencia de cómo sería después, tras de cada una de aquellas sonrisas totalizadoras prorrumpía en frases dóciles a las ideas. Junto al texto casi indescifrable de la mera expresión del rostro ponía la exégesis verbal más o menos aclaratoria. Y mientras hablaba, sus ojos, que en el fijo mirar de la sonrisa mística orgánica se habían ido reduciendo, hasta volverse perfectamente chiquitos, recobraban de pronto la proporción y animación normales, como si la voz los retrotrajera desde infinitas distancias.

Esta vez pisó más en firme que de costumbre el terreno de la locuacidad y terminó llevándome aparte para proponerme que lo ayudase a organizar la Policía metropolitana.

—Tengo razones especiales —dijo— para pedírselo a usted; algún día las conocerá.

¡Yo gendarme, yo policía, yo comisario! La proposición me pareció tan extraña, que, de no estar metido en el torbellino de la revolución, la hubiera considerado sencillamente absurda. Pero Cosío Robelo insistió tanto, que no sólo hube de aceptar por de pronto —con la esperanza de que luego le pasaría al nuevo inspector la chifladura—, sino que consentí también, pues no hubo remedio, en que fuéramos en ese preciso instante a las oficinas de la Inspección General, para que se inaugurasen sin pérdida de tiempo mis labores reorganizadoras de la Policía de la capital de la República. Y, en efecto, las inauguré. Frente por frente de su mesa mandó Cosío Robelo instalar otra, y, acto seguido, me hizo entrega de ella con palabras y aire de acto casi oficial. Luego, dándome otro abrazo, me dijo:

—Este será su sitio de trabajo. Así estaremos juntos y procederemos de acuerdo en todo.

La verdad es que aquello rebasaba los límites de lo meramente explicable por la circunstancia de que Cosío Robelo y yo nos hubiéramos encontrado en el Café Colón. Era público y notorio que yo no sabía ni jota de servicios policiales, ni tenía por qué saberlo. Allí, pues, había algo oculto, algo que yo no acertaoba a explicarme. Y esa duda, que se apoderó de mí inmediatamente, vivió luego en mi espíritu varios días, y viviría aún si semanas después el mismo Cosío Robelo —amigo leal— no me hubiera aclarado las cosas.

Receloso y todo, di principio a mis funciones reorganizadoras del cuerpo policíaco, o, mejor dicho: a lo que se me figuraba que eran las tales funciones. Meses antes, en Sinaloa, el azar revolucionario me había convertido en reformador de hospitales de sangre; ahora la misma fuerza, ciega e invisible, me lanzaba casi hasta el polo opuesto: antes fué la piedad, ahora la vindicta; antes el consuelo, ahora la represión. No quise, sin embargo, cometer disparates a conciencia, y para evitarlos en el radio de lo posible, me eché en busca de los autores clásicos sobre la materia. Entonces descubrí que existía una biblioteca copiosísima sobre cuestiones policíacas y leí los dos o tres primeros libros que me vinieron a las manos: "Justice and Police", de Maitland, y "Mysteries of Police and Crime", de Griffiths.

Al entrar las tropas constitucionalistas en la ciudad de Méjico, Obregón hizo publicar un bando terrible para todos los trastornadores del orden público: se castigaría —decía el bando— con la pena de muerte, y sin otro trámite que el de la identificación, a cuantos cometieran robos, atropellos y demás actos delictuosos. El bando prevenía también el mismo castigo para las autoridades militares que permitieran aquellos delitos o los dejaran impunes. Cosío Robelo, por otra parte, recibió órdenes terminantes de aplicar las disposiciones marciales sin miramiento de ninguna especie. Se trataba, en sumo, del rigor de estilo en tales casos, rigor perfectamente explicable, si no por las exigencias prácticas del momento, sí por su psicología. Ya se sabe que en toda hora solemne de la vida de un pueblo hay la tendencia a exagerar los valores humanos por el sencillísimo procedimiento de sacarlos de quicio, de volverlos al revés. En semejantes ocasiones se busca traducir lo extraordinario interno en extraordinario visible, y se recurre, como al más sonoro de los instrumentos solemnes, al régimen de excepción, que es más excepcional mientras más arbitrario, y más arbitrario mientras más excesivo e irreparable en sus efectos. Y como nada hay más definitivamente irreparable ni más subversivo de lo esencial humano que matar, en cuanto los hombres se ponen solemnes, en cuanto hablan de salvar a la patria, de salvar a la sociedad o simplemente de salvar a otros hombres, lo primero que se les ocurre es dedicarse, concienzudamente, a matar a sus semejantes. Recuérdense los dos versos de nuestro himno, que dicen: "¡Guerra, guerra! Los patrios pendones — en las olas de sangre empapad..." Que es algo de lo más horrible que ha cantado nunca pueblo alguno.

Pues bien: una tarde, la Policía sorprendió a dos desgraciados en el acto de robar no recuerdo si una accesoria o un tendajón mixto. Como el delito era flagrante, esa misma noche fueron traídos los presos a la Sexta Comisaría y sometidos allí a eso que se llama juicio sumario, o sea: a un sencillo expediente que legaliza y justifica vulgares asesinatos. El procedimiento era de una simplicidad maravillosa: cualquier sargento, cualquier escribiente de comisaría, era capaz de aplicarlo sin el menor tropiezo. Todo se reducía a que los gendarmes o gendarme explicaran la naturaleza del delito cometido por el reo y que éste explicara los hechos a su vez: total, dos o tres declaraciones y un incipiente careo ante el comisario de guardia. Terminado eso, se levantan las conclusiones al Inspector General, y éste, so pena de atraer sobre sí el castigo previsto para los otros, tenía el deber de ordenar desde luego el fusilamiento.

Aquella noche así se hizo. En menos de dos horas se levantaron las actas respectivas, y en otros diez minutos más pasaron los papeles de la calle Ancha a la de Humboldt. Cosío Robelo los recibió y leyó, pero, por de pronto, no quiso resolver nada. Recuerdo con exactitud estas palabras suyas, dichas, —justamente cuando sonaba el reloj— al tiempo que ponía sobre la mesa el endeble legajo:

—Las diez. Es tarde hasta para mandar fusilar... Pasará la noche y resolveremos...

Pero a la mañana siguiente no hubo pretexto para posponer el caso. En cuanto llegamos a la oficina, los papeles, puestos en el centro de la mesa, estaban exigiendo ya que se les estudiase y resolviese.

Cosío Robelo los volvió a leer. Luego me dijo:

—No hay duda en cuanto a los hechos...

Yo guardaba silencio. En seguida, Cosío Robelo me miró con un principio de fijeza. Noté que su complexión sanguínea se agitaba hasta inyectar de rojo las venillas de sus conjuntivas. Era en él visible la lucha entre su entender y su sentir.

—Tampoco hay duda —agregó— en cuanto a lo dispuesto por la Jefatura de la Plaza...

Yo seguí callado.

Así pasaron varios minutos. Luego, Cosío Robelo, que se había puesto a caminar, se detuvo en medio de la pieza; suspendió unos instantes el jadeo nasal de su respiración —como si el esfuerzo que le costaba bajar hasta el fondo de su conciencia no le dejara ninguna energía libre—, y, por fin, me preguntó con aire de quien pide auxilio:

—¿Usted qué me aconseja?

—Yo nada.

—¡Hombre!

—Recuerde usted que yo soy civil.

—Para el caso es lo mismo...

No; no es lo mismo —le respondí—. El deber de usted es proceder bien dentro de la norma militar, que es la que ha aceptado para su conducta; el mío, proceder bien dentro de mi condición de civil.

—Como civil, ¿qué haría usted?

—No asumir ni compartir la responsabilidad de ningún fusilamiento...

—¿Y como militar?

—Por eso no soy militar...

—Es decir, ¿que sí fusilaría usted?

—Obedecería las órdenes con apego a la Ordenanza, o me insubordinaría... La carrera de las armas divide la escala de los actos humanos en dos porciones que no siempre coinciden, y hay veces en que la elección se impone aun en el supuesto de la estricta legalidad militar: entonces, o se es buen hombre o se es buen soldado. Ahora, elegir entre esto es punto de conciencia, casi diría que punto de religión...

Como era inevitable, tales palabras mías no tranquilizaron ni fortalecieron a Cosío Robelo; antes bien, lo pusieron más agitado y perplejo. Eran palabras nacidas, más que de la voluntad, de la dialéctica, y, por lo tanto, inútiles para la gestación del acto. Poco después de luchar dos horas consigo mismo —batalla del deber pequeño, pero inmediato, con el deber grande, pero distante—, hizo él lo que cualquiera otro en su sitio: firmó la orden para que se aplicara la ley militar, la ley que no sabe de garantías ni sentimentalismos, la que no conoce más deber que el del triunfo.

Pero tampoco su resolución lo aquietó. Después de darla se puso más nervioso, más en zozobra, más disconforme con el sentido de sus responsabilidades. En aquel momento era un hombre bueno que entre la espada y la pared de los deberes había escogido la pared, pero para quien la pared se aguzaba y afilaba como la propia espada.

Minutos después de dar la orden llamó al Subinspector. Cosío Robelo le mandó que fuera en persona a cuidar de que el fusilamiento se hiciera sin menoscabo del menor requisito. Y a poco rato de irse el Subinspector, me dijo a mí:

—Se lo estimaré como un gran servicio: vaya usted a ver como va eso y si descubre la menor irregularidad venga usted a decírmelo en el acto...

Yo salí.

MEXICO: MARTIN LUIS GUZMAN

El apego a la sistematización simplista, si no otra orfandad menos confesable, puede ser la causa de que junto a los tres o cuatro títulos consabidos, en la enumeración de los hitos de nuestra novela, no esté presente nunca "El águila y la serpiente" de Martín Luis Guzmán, el mexicano. Quizás se piense que hay en sus páginas demasiada porción de realidad y de historia. Y que su filiación corresponde, por consiguiente, más bien a la crónica. O a otro género de menos rango. Pero un juicio que así sanciona olvida, por supuesto, que la novela no es otra cosa: historia y crónica de su tiempo: historia y crónica de la vida. "El novelista es un historiador de la vida privada", decía Balzac hace cien años. De la privada y de la pública. Con la circunstancia de que en este caso, cuando el novelista introduce el drama público, el drama del pueblo en los ámbitos de su obra, un ancho y recio viento de epopeya comienza a soplar a lo largo de sus narraciones. Como en "El águila y la serpiente".

O. C.

EL NUEVO MUNDO CREADOR

En "RUMBOS PARA AMERICA" de W. FRANK

CON un prólogo especial para Sudamérica, que objetiviza más "nuestra misión en un Nuevo Mundo", y que es lo mejor de "Rumbos para América" donde todo su contenido vale, Waldo Frank trazó su último libro, orgánico y visceral, de vital potencia, planteado en la hora más caótica y quizá definitiva del mundo, la angustia de gestación de un inmediato porvenir, en esta "noche que precede al alba".

Junto con su libro, vino a nosotros Waldo Frank. Antes de partir de Estados Unidos, le expresó al escritor Marinello, que sentía **necesidad** de venir "él mismo", para decirnos "algo" Su libro fué pues un mensaje simultáneo, casi un breviario de las conferencias que aquí pronunció, anticipo de la inquietud luego colmada. Ese "algo" prometido, en esta anhelante espera común de escépticos y optimistas, de reaccionarios y revolucionarios, nos resultó en verdad **mucho**, más por su planteamiento que por sus soluciones.

Digamos, al iniciar estas acotaciones, que Waldo Frank tamiza lo que escribe, en limpidez moral e íntima sinceridad. Dice **sus** verdades, porque las vive. Tiene fe en el hombre, en la "persona humana" creadora, porque tiene fe en sí mismo. Su tono de voz y de espíritu se ha evangelizado más, al integrarse en el Cosmos, pero su apostolado por la Nueva América mantiénese viviente, penetrante, profético: evangelio de justicia. "La justicia es una fe, una voluntad nacida del amor". Es un predicador de la religión de la libertad. Como artista revolucionario se limita a predicarla, porque tal es su temperamento, ya que no es un militante social por la justicia programada en un movimiento partidista. No es un político, dogmático en el sentido de las "plataformas", y sí político puro que conserva la fe en los "principios". Acepta la fórmula de Blake: "la verdadera política es religión", pero quizá condiciría mejor con la de Renán: "la revolución del porvenir será el triunfo de la moral sobre la política". Si hay en él una gran pasión es en virtud de "ese gran nombre que designa esta vida, que deriva de la amorosa aceptación de la parte integral de uno en el necesario Todo: ese nombre es Libertad". Y para fundamentar esa gran pasión, nos dice: "El destino del hombre es realizar tal libertad. Toda revolución social no es sino la creación de los medios para el goce de esa Libertad".

Cuando nos visitó en 1929, había en sus palabras ardor juvenil de hombre recién maduro, y a veces cierta vehemencia. Recordamos una original conferencia suya en el Centro Estudiantes de Medicina en Buenos Aires. Al finalizar invitó a los jóvenes presentes a discutir sus dudas y afirmaciones. En el doble calor de la noche y de la polémica, despojóse del saco, y en mangas de camisa fué contestando a sus interlocutores. En aquella hora incierta del mundo, no obstante ser más promisora que la actual, Waldo Frank, más allá de su cálido acento, preveía la intensidad del Caos. Las líneas virtuales de su pensar ya estaban tendidas. La diferencia de expresión consistía tan sólo en la tonalidad. Hoy, con madurez física y mental, como quien ha sufrido mucho en la tragedia de pensar muy hacia adentro frente a una orfandad social de ideas, Waldo Frank nos habla con palabras más graves y temblorosas, con ansias de síntesis, huyendo de la simplificación, rehuyendo la autocomplacencia, penetrando y valorizando con ideas-fuerzas de suave exterior —que suele sutilizar en parábolas—, incisivas y demoledoras en su vigor interno, el sentido trágico de la vida, la humillación del hombre y la visión orgánica del mundo La suya no es la "sabiduría riente" de Han Ryner: es la sabiduría sufriente.

En "Rumbos para América", como en todos sus libros y conferencias, y en su plática personal tan distante del intelectual clásico y ególatra, Waldo Frank tal vez percíbase como un grave tañido crepuscular, como un sencillo curso de agua, de márgenes verdeantes, lento y prolongado hacia el inmenso mar. Pero las aguas lentas también acumulan y atraen otras aguas, y así desbordan; y aun el cadencioso tañer del Angelus puede echar a vuelo todas las campanas del alba.

Ya en 1937, en plena guerra-revolución española, en el Congreso de Escritores de México, Frank preanunciaba: "La guerra mundial ha comenzado; quizá dure toda una generación; en verdad ha de sostenerse mucho más tiempo del que mucho de los presentes hayamos de vivir". Sobrevino la guerra, o mejor dicho se extendió la de España, y no ha de terminar cuando los combatientes depongan las armas. Contra el totalitarismo "podemos ganar en la guerra simple, pero perder en la guerra profunda", que es "una Revolución". Esto nos dice ya Waldo Frank en 1942, y nos exulta, sobre todo a los americanos, para la lucha en profundidad, desde ahora mismo y cuanto más pronto mejor, uniendo todas las fuerzas posibles de la libertad humana. Guerra por el amor y la libertad en los espíritus, para estirpar en los hombres, engendrados en el caos que ha ido formando la civilización judeo-cristiana, en estos veinte siglos de codificación romana y de dogmas teológicos, de hambres, de crisis y de guerras, todos los gérmenes de creencia en el Estado absoluto que fueron originando este cáncer totalitario, acumulados por fatal lógica en todos los regímenes habidos hasta nuestros días. La guerra hondísima, cósmica, por la superación de los valores morales inmanentes del hombre, por la humanización del ser, a iniciarse ya frente al pleno desarrollo de esta guerra desnuda, desatada, abierta, crisis de las crisis en medio de su horror y crueldad, choque de la barbarie ancestral con una civilización gigante que no supo ni podría destruirla, porque la tiene dentro, superficie bruñida, río de cristal con légamo en su fondo.

Esta guerra psicológica, guerra contra la psicosis de la guerra, despertar en la "persona humana", deberá destruir los resabios sociales de la guerra armada, cuando ésta concluya: odio, desesperación, dictaduras; no bastará decir que anhelamos una paz, pues esa paz puede ser el **impasse** de una guerra posterior más suicida del género humano. La guerra profunda que pueda llegar a despertar espíritus, a crearles "individuación", personalidad, a hacerlos libres, sobre todo a los jóvenes, será por desgracia superada, mientras dure esta larga contienda, por la guerra que despedaza cuerpos y no respeta niños ni mujeres. La guerra espiritual no surgirá, no se afianzará tampoco cuando la paz sea firmada entre Estados, por una nueva componenda de Versalles que busque salvar los restos del naufragio para el régimen que se ha hundido en la guerra. Será preciso un proceso a la inversa, entonces, que irá en procura de la verdadera paz de los pueblos: no ya la guerra profunda en la guerra abierta, sino la guerra abierta en la guerra profunda: por una nueva reconstrucción social que han de disputar los pueblos, entre las llamas humeantes y las ruinas de la devastación actual, contra los causantes de uno y otro bando que bajo nuevas formas opresivas quieran perpetuarse. Si después de la hecatombe, vencidas las naciones totalitarias, las potencias vencedoras dejaran subsistente el actual régimen que dió a luz el engendro fascista, no hay que dudar en lo más mínimo que, aunque inmadura la revolución en los espíritus, acaecerán, impelidas por gravitación histórica, en medio del consiguiente desconcierto postbélico, profundas conmociones populares, luchas desesperadas, sin orientación ni proyección, de masas aun no del todo desmovilizadas como ejércitos, ya en los países que fueron sojuzgados por la barbarie nazi, como en las naciones democráticas o monárquicas que lucharon contra aquélla.

Bien preveía, claramente, Waldo Frank, que en las gestas españolas se definía el futuro de varias generaciones, y en especial de una generación que iba a vivir toda una guerra, en cuyo final "la historia nos contará entonces que la lucha se ganó; que eventualmente el hombre habrá triunfado en esta guerra universal". Eventualmente, dice, porque ese triunfo en sí no matará el fascismo,(ese caos de ideologías que no es a su vez una ideología, sino reacción instintiva, sin norte ni brújula, fracaso de una revolución necesaria contra un régimen capitalista en quiebra, "de una revolución que se perdió en la reacción", utilizando esta última el desengaño de las masas, empobrecidas espiritualmente por el sindicalismo neutro, el materialismo ortodoxo, el liberalismo estatal, fuerzas mecanizadas y frías como el Estado que convirtieron en nuevo Dios de sus creencias, cuyo objetivo es reprimir la libertad, y cuyo cauce lógico debía ser fatalmente el totalitarismo. Waldo Frank no lo dice claramente, pero lo deja entrever, que el Estado no puede controlarse a sí mismo. Los pueblos europeos y sus masas, desviados por la concepción del socialismo de Estado, "movimiento o doctrina de desprecio hacia el hombre", mecanólatra, estatólatra, frente al no advenimiento mesiánico prometido y presa de la reacción infiltrada en su seno que se iba apoderando de la verdadera revolución, no fué capaz, porque no estaba educado en la libertad, de contener el avance absolutista, el crecimiento ilimitado de la superestructura estatal, de limitarla defensivamente ya que no podía suprimirla; y esta inercia del pueblo-masa fué posible porque no poseía en sí las verdaderas fuerzas humanas, creadoras, para organizar la nueva estructura social, basada no sólo en el bienestar o la necesidad sino también en la libertad. El aspecto más feroz del super-Estado es la captación de las mentes. Es una abstracción, tanto más peligrosa que su órgano ejecutivo, porque oscurece el espíritu. Desarmarlo en los espíritus es armar a la Libertad para las grandes creaciones individuales y sociales, es desarrollar en el hombre la comprensión de su propia naturaleza, de su totalidad, "no como juguete de factores económicos condicionantes", sino de todo su poder creador, de todos sus elementos y facultades, en el medio en que se desenvuelve en todos sus aspectos, morales, económicos y políticos, y en "la libertad que es su resultante", sin la que "no podrá triunfar de la opresión", "y no podrá haber justicia".

La crisis del régimen está en el hombre. Todavía después de la llamada "gran guerra" se hablaba de períodos cíclicos de crisis económica. Pero ya antes de esta nueva guerra, la crisis se hizo continuada y creciente. Junto a esta crisis económica, hay otra mayor y peor, que nunca se midió por ciclos: la crisis moral del Hombre. Por ella sobrevino la actual "humillación de Europa". ¿Cuál será su próximo destino?

Europa ostentaba la hegemonía del mundo. Dentro de ella grandes potencias buscaban ser ejes de esa hegemonía. El expansionismo nacionalista, azuzado por la desenfrenada ambición del gran capitalismo, fué perpetuando las guerras. La civilización occidental, deshumanizada, producto sórdido de un materialismo egocéntrico, fué aislando los nacionalismos, en su doble aspecto político-económico, alzando el fantasma étnico de razas superiores, estrechando las barreras aduaneras en pro de tantas autarquías como naciones, y sobre todo supersaturándose de producción bélica. Al precipitarse en una industrialización sin freno, y en busca de nuevos y forzosos mercados, y de espacios vitales, las potencias imperialistas y las otras grandes naciones que tendían a serlo, toda la civilización occidental, que había ya desbordado por cierto el mapa de Europa, penetrando en Asia y América, iba camino del Apocalipsis de la Edad Moderna. Waldo Frank denomina "Gran Tradición" a todo lo que se ha hundido en la carrera trágica de Europa; la libertad, nutrida en el alma individual, "fortificada por la conciencia de lo universal" (para Frank, universal equivale a "divino"), había adquirido sentido humano dentro de la "necesidad religiosa". El capitalismo, que tenía sus raíces en la Gran Tradición, desvirtuó su origen, "racionalizó la explotación del hombre", descarnó al individuo hasta volverlo esencialmente egoista, hizo de la religión un dogma y convirtió al Estado en Dios tutelar de la voluntad humana. El capitalismo nace en los siglos XVI y XVII, junto con el Estado moderno. "La Gran Tradición gobernaba todavía, culturalmente". Por entonces el Estado es absolutista, y el monarca recibe mandato divino. En pleno desarrollo capitalista nace el socialismo estatal, en el siglo XIX. Pero ya el Estado había invadido el alma humana, y destruyendo la Gran Tradición, se olvidó de Dios, para ser Dios él mismo. Carlos Marx "se había mofado de los comunistas religiosos", de los profetas, de los utopistas. El socialismo se hizo "científico, racional", y predijo que su advenimiento, gracias al materialismo histórico, "que identificaba a todos los idealismos con las iglesias opresoras y sus teologías", sería producto fatal de la gigantanasia del Estado. Para ello avivó la creencia de las clases desheredadas en un monstruo sin alma, como único regulador de la economía, olvidando que socialismo y Estado son antinómicos, y que sólo puede existir el socialismo unido a la libertad. El verdadero socialismo ha realzado siempre la libertad del hombre, su humanidad, su totalidad, su individualidad o personalidad. Este verdadero socialismo, iconoclasta del Estado, había desplazado en verdad, la concepción deificadora del sentimiento religiosa de la vida, como un pesado lastre de renunciamiento, de esclavitud moral, porque esa concepción identificaba a Dios como el amo divino, y esclavos eran los hombres. Para los antiguos utopistas, (distantes de los profetas), y para los socialistas libertarios modernos (distantes de los utopistas), la libertad, como sentimiento profundo y esencial, debía convertirse en la verdadera religión del ser. Para expresar mejor nuestra variante hacia Waldo Frank sobre su concepción cósmica de Dios transmutada en el hombre, agregaremos que si etimológicamente la palabra religión es atadura o ligadura, según como se interprete atar o ligar, ya como vínculo o como sujeción, dependerá que la religión sea sentimiento o dogma, liberación o esclavitud. Waldo Frank conserva la palabra Dios, para definir en una expresión simplificada (la más desesperada de las simplificaciones, en que Waldo Frank teme caer al considerar las luchas humanas y sociales), lo que nosotros llamamos **conciencia universal del hombre, el orden cósmico integrado en el espíritu del hombre.** Podríamos decir con Bakunin: "Llamad a ése dios, lo absoluto, si os divierte; ello no importa, siempre que no déis a la palabra otro sentido que el que acabo de precisar".

Puntualizadas aquí en estas breves acotaciones, cuatro puntos salientes del gran libro de Waldo Frank, tales como: la futura guerra abierta, que pueda salvar en parte la debilidad de la "guerra profunda"; por desgracia imposible de realizar en su plenitud; el valor del hombre, empleada la fecunda palabra **valor** en su varia acepción de esencia y subsistencia, de valer o ser de naturaleza, para interpretar la persona humana, el hombre integral; el sentimiento religioso de la libertad reivindicado en su fe humanista; y la ubicación del socialismo, como fuerza de libertad, revolucionaria, continuadora del cristianismo, de su "comunidad de bienes" y de espíritus; sólo nos resta referirnos a la "misión del nuevo mundo", que ha de gestarse, para Waldo Frank como para nosotros, en América, no como condición física de nuevo continente, sino como nueva creación social.

En América se está verificando un proceso funcional: asimilar lo bueno y expulsar lo malo de la cultura de Occidente, para ser el contenido histórico de una nueva cultura universal: "unión de personas y grupos de personas trabajando en una economía de bienestar, una unión de pueblos en una confederación de paz" Por vías del español y del puritano, respectivamente, ambas Américas recibieron el constante influjo europeo. Europa dictó normas de "su" civilización al mundo. La España medioeval conquistó a América hispana, pero no le trajo la esencia de su cultura, sino su deseo exterior de conquista y vasallaje. Pudo elevar a razas fuertes y trabajadoras, de grandes condiciones étnicas como las razas indígenas, pero prefirió degradarlas, envilecerlas, involucionarlas, reducirlas o suprimirlas. Nos trajo, eso sí, y es lo que resalta Waldo Frank en su admiración por lo hispano, lo que carece Norte América, el vigor del individualismo ibérico, fanático y pasional. A ambas Américas, y en este caso más a la del Norte, le trajo el aporte de razas diferenciadas. A fines del siglo XVIII toda América captó el pensamiento renovador europeo, plasmado en revelaciones, y con ese ideario cumpliéronse las luchas emancipadoras americanas. Hoy "somos todos hijos de la Europa medioeval y la edad moderna americana y europea. Y si sintetizamos los valores de esos mundos en el nuestro, obtendremos nuestro propio valor".

Europa, situada entre dos grandes culturas: la milenaria oriental, de que surgió siendo Eurasia, y la naciente americana, a la que insufló su aliento, porque América era como un gigante dormido; Europa, en la hora crucial en que se debate desde el orgullo de su civilización que se derrumba, ignora a ambas. Vivió ya la culminación de un progreso, de una larguísima evolución, de una enorme historia. Puede o no renacer: ese es un enigma, como podrá renacer quizás Oriente, mal que le pese al **sino** fatalista de Spengler. Hubo épocas, períodos, ciclos, en que Europa verificó en sus medios un latente proceso de desintegración: éxodo de pueblos, miscigenación, entremezclar de culturas. Fueron esos períodos los más constructivos, en su apariencia caótica, de la historia de los pueblos europeos, los que demarcaron su ritmo étnico. Cuando esos pueblos se unificaron en grandes Estados, fueron cristalizándose, creando férreos nacionalismos, en pleno decrecimiento cultural. "El nacionalismo debiera ser en Europa un fenómeno históricamente superado", dijo Stefan Zweig, y otro profundo europeo, Andrés Siegfried, también años antes de esta guerra, expresó: "La crisis de Europa plantea un problema de equilibrio entre continentes". El fenómeno nacionalista no se superó, y en cambio se agravó, y el equilibrio de continentes no se mantuvo. Volvieron a subvertirse los cuadros nacionales del Viejo Mundo, en un gran proceso de conmoción interna. El Viejo Mundo hoy se dispersa y aniquila, desangra y atrofia en el choque desorbitado de racismos y estatismos. Europa vive una atroz Edad Media. Y tal como en el sentido filosófico de Höffding la Edad Media fué el período oscuro de fecundación, el vientre del Renacimiento (la noche de la tragedia que precede al alba, según Waldo Frank), que gestó una Europa renovada espiritualmente, y el mundo de la cultura no murió, sino que se desplazó, así también ha de verificarse, entre el viento furioso de la guerra y esta nueva noche de siglos, una nueva Reforma y un nuevo Renacimiento. Nosotros no creemos en la desaparición de la cultura europea, y sí en un largo ocaso, porque creemos en el rejuvenecimiento y en la resurrección de España, Francia e Italia, gestoras de culturas inmortales, que habrán un día de superar (si preferís: "la **Gran Tradición** superada en el **Nuevo Valor**"), y de la inmensa Rusia, cordón umbilical de Eurasia, que ha de alzarse sobre sí misma. La cultura es universal: parece morir, pero no muere. Renace más allá. Y suele volver al punto donde creyó morir. Pero hay un "llamado del Este" que iluminó al gran solitario Thoreau, "ese hombre que afirmó al Hombre", al decir de Frank, en la soledad de la Nueva Inglaterra. Y el llamado de Thoreau profetizaba: "Vamos al Oriente para comprender la historia y estudiar la literatura y el arte, reandando el camino recorrido por las razas humanas. El Occidente es el camino del porvenir". "Es en tal dirección que marcha América; de

Este a Oeste progresa la humanidad". **"Ex oriente lux; ex Occidente frux.** Del Oriente la luz, del Occidente los frutos".

Hoy Europa y América se distancian más, para unirse tanto más mañana. Si hay decadencia de naciones, no hay decandencia de la humanidad. Ninguna cultura se pierde. Perdido el vigor histórico, las viejas culturas se reintegran, se fertilizan con las nuevas. Europa es hoy desesperanza; más aun, desesperación. América aun no logra ser esperanza; es ansiedad de esperanza. Los países americanos no son ya eco vacío del caos destructivo que roe la entraña viva de Europa. América percute su propia resonancia. Europa marcha hacia una desintegración espiritual; América hacia una unidad de espíritu. Pero **América salvará a Europa al salvarse a sí misma.** Es la gestora de una nueva conciencia internacional. Para nosotros, hombres de América, para Waldo Frank, tal es NUESTRA MISION EN EL NUEVO MUNDO. No creemos en el trasplante liso y llano de la cultura decadente europea en el receptáculo pasivo de América, ni aun en el surgimiento auténtico y privativo de una nueva cultura americana, por generación espontánea, desprovista de toda mínima influencia de antiguas civilizaciones que no pueden morir. Creemos en la línea evolutiva de la cultura universal. América es el Nuevo Mundo, substancialmente. Tiene en sí todas las posibilidades; en su retorta se plasmarán todas las culturas —oriental, occidental, indígena—, y ésta será la hora de América, en este continente que puede lograr un contenido.

Para ello tendrá que despojarse de todo lo caduco y negativo de una civilización que esclaviza la voluntad de los hombres en holocausto del Dogma y del Poder, que ha creado la división de clases, de naciones y de razas, la opresión y el privilegio, la voracidad imperialista y el egoísmo nacionalista, la ambición jerárquica y política, la usurpación legal o la conquista violenta del Estado. América libre, unida, federalista y autónoma, en un haz de pueblos liberados de yugos internos y externos: tal es lo que vemos, al leer a Waldo Frank, en la superación de la gran tradición, "que debe convertirse, consciente y activamente, en la norma aceptada para la acción, en nuestra política, en nuestros aportes a la psicología y la ciencia, en nuestras artes y letras, en nuestras escuelas, organizaciones obreras y ligas de campesinos. El **nuevo valor** será el resultado del primigenio instinto religioso de salvación del hombre, que cruzó por un largo período humano negativo, que antepuso y llegó a suplantar el anhelo sobrenatural por las necesidades terrenas, llegadas a un límite supremo con el maquinismo, y que hoy retoma sus pasos "para ir de la Necesidad a la Libertad"; para transmutar **dentro** de nosotros la **revolución** que está en nosotros, esencia de lo que los profetas significaban por Religión".

El "nuevo valor" en la gran tradición superada, está en la Libertad, no la codificada y jurídica, fórmula fría, manto que cubre un esqueleto, sino la que circula en el espíritu como la sangre en el cuerpo, concepto viviente, encarnada en la justicia para todos los hombres, integrada en la persona humana, que vitaliza al individuo estéril, que crea la individualidad; la Libertad, que es fin y es medio, sobre todo medio igual al fin, que lleve al movimiento en sí mismo, que anda andando, y es un impulso intrínsecamente creador, dinamogénesis de la historia.

Esa Libertad deberá ser la que encauce el nuevo partido o movimiento (mejor movimiento que partido) que propicia Waldo Frank: "síntesis de muchas tendencias políticas de décadas pasadas, todas ellas generosas en su intención, todas ellas también inefectivas a causa de su sentido superficial del hombre". Pero para esa "síntesis" muchas de esas tendencias deberán desaparecer, si quieren crear la libertad en el bienestar, porque la libertad no puede ser creada por fuerzas que la niegan, ni por fuerzas pasivas. Por eso dice bien Frank cuando se pronuncia en favor del "socialismo creador". La tarea máxima, urgente de este movimiento, será evitar que "la revolución mundial que estamos viviendo", por ineptitud de las fuerzas que deben apoyarla y cumplirla ("sin complaciente optimismo por el progreso inevitable"), pueda volcarse hacia el fascismo, como va ocurriendo ya. Conjurar el peligro antes de que sea irremediablemente tarde. Pero esta tarea inmediata no debe estar separada de la fundamental y durable. El artista revolucionario que hay en Waldo Frank ha querido trazarla en su libro, incitando a escritores, artistas, obreros, estudiantes, maestros, campesinos, grupos de minorías raciales, sindicatos, profesiones, etc., a todos los que ven claro el peligro de la hora, para que juntos trabajen, uniéndose en lo coincidente y superior, para crear nuevos valores en nosotros mismos y un nuevo valor en el mundo. Por eso **"Rumbos para América"** debe conjugarse en forma activa. Al mismo tiempo que una profunda invocación al ser, en toda su plenitud, eleva un ferviente llamado a la rebelión espiritual. Ya en 1914-18, Romain Rolland proclamaba en el célebre manifiesto del grupo "Clarté": "la revolución en los espíritus". En el septuagésimo aniversario del gran pacifista, Waldo Frank le dirigió un emocionado mensaje: "Sóis un símbolo: es espíritu mundial habla por vuestro intermedio". En cierto modo Waldo Frank prolonga aquel mensaje, esta vez dirigido a América.

La revolución en los espíritus no fué oída entonces, aunque halló múltiples ecos. El mundo debía sufrir una nueva prueba de sangre y fuego. Hoy sabemos ya, que junto a la revolución espiritual, debe estar en marcha un nuevo movimiento social, de oposición frontal y de penetración profunda contra el fascismo, para vencerlo afuera y adentro, en la vida social y en el individuo. El "nuevo valor" que proclama Waldo Frank no podrá ser el único y exclusivo del nuevo movimiento social revolucionario. En realidad, a medida que el movimiento actúe, lo que el autor de "Rumbos para América" plantea y no soluciona como "esbozo de un programa" deberá confrontarse con los hechos. Cada cual en su propia tonalidad ideológica estudie, complete, porque nos hace falta entendernos, el sentido de lo que puede ser nuevo valor y nuevo movimiento, ambos a la par. Pero en la unión, en el acuerdo para realizar "NUESTRA MISION EN EL NUEVO MUNDO", no olvidemos nunca la Libertad. Sin ella no hay "valor" posible. Sin ella, "nuestra misión" concluye antes de iniciarse.

HORACIO E. ROQUE

EL PUEBLO EN LA REVOLUCION AMERICANA

Situar la historia americana, desde el descubrimiento del continente hasta los movimientos emancipadores, en un plano complejo, sin encuadrarla en marcos rígidos, determinando los factores esenciales y marginales que intervinieron en los hechos, en las causas, en los estallidos y, como corolario final, en su contenido y expresión: tal es el método que da unidad, tan necesaria en el conocimiento histórico, al hermoso y substancial libro de Luis Alberto Sánchez.

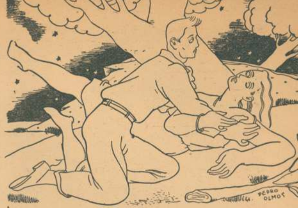
No hace partir la Revolución Americana desde 1820, como la historia oficial, ni es unilateral, monístico, en juzgarla. No la clasifica estrictamente en lo económico, ni en lo heroico, ni como reflejo europeo, ni en lo diplomático, ni en lo eminentemente colectivo, ni en otros juicios menores. Todos estos factores intervienen, aislados o reunidos. Pero el mayor valor del libro reside en la reivindicación de un factor preponderante y precursor, olvidado o menospreciado: la insurgencia popular. Por las páginas serenas y ardientes del libro cruzan los tres siglos del régimen español, con sus levantamientos, conatos, rebeliones, insurgencias, que nacen con la misma conquista, adquieren cuerpo en la colonia, y maduran en la emancipación. Y en cuanto a la última, la sintetiza en este concepto: "La revolución de la independencia americana fué un movimiento sui-géneris, que correspondería a un conjunto de países de constitución típica, inspirada por aspiraciones y doctrinas intransferibles, determinadas por realidades de fisonomía peculiar, germinadas en masas predominantemente mestizas, de conformación, reacciones y necesidades propias, y dirigidas por individuos de diversas y a veces contrapuestas tendencias, pero unidos en torno a la idea central de libertad y autodeterminación". Unido este concepto al estudio simultáneo de la firme unidad de acción, en cuanto a lo negativo, que es la destrucción del régimen dominador de España, y de la escasa o carente unidad de programa positivo, constructivo, en el que hubo confusión, sólo resta agregar que el libro que comentamos desaltera el criterio corriente y dominante en las "historias patrias" de todo el continente.

Es dable destacar en épocas confusas como la actual, un libro de tal vigor y de tan clara tesis histórica, para que su estudio guíe a los que deseen establecer con suma claridad la continuidad revolucionaria de América. Fué impreso "El Pueblo en la Revolución Americana" por la Editorial Americalee, con una vigorosa portada de Pedro Olmos, y una prolija presentación en su texto. — **H. E. R.**

El Fracaso de JACOB MURET

UN CUENTO ECUATORIANO

Por ADALBERTO ORTIZ



JACOB, el francés, tenía debilidad por las mulatas y por la carne cruda picada con cebollas.

Nadie supo de dónde vino, pero cuando llegó al pueblo, todos lo creyeron millonario porque derrochaba dólares a manos llenas. Más que un francés parecía un alemán por su rostro colorado y tieso y por su alto corte de pelo. Y no era fino y educado, sino vulgar. Lo que más chocaba era su risa gangosa de idiota. Las primeras palabras que aprendió en castellano fueron las más soeces.

Nunca miraba a las mujeres blancas, porque decía que estaba harto de ellas. Y sucedió lo que él quería que sucediera: se enamoró de una mulata, y para evitar que lo confundieran con un germano, se hizo recortar el pelo en una forma antinazi.

Si la joven mulata era bastante bella, no sentía gran atracción por los gringos, como otras. Su familia, de visible ascendencia negroide, en otro tiempo había sido rica, en la medida en que se puede ser rico en un pueblo.

La oportunidad no podía ser más brillante: el extranjero era un gringo y tenía dinero. El padre pensó que casando a su hija podría enderezar su malparada hacienda, y la madre soñaba con acariciar a un nietecito blanco, de apellido que más tarde sería noble.

—Hay que mejorar la raza —decía la señora—, hay que mejorar la raza.

Toda la familia metió a la chica, por las orejas, el amor del gringo. El hermano lo llevó a la casa, y la pareja comenzó a salir a la calle.

Ella miraba sus ojos azules, mansos casi siempre, y le parecían dulces. Pero en ciertos momentos, esos mismos ojos, adquirían extrañas expresiones que le daban un vago temor. El rubio cabello del hombre la enorgullecía. Su vanidad se alimentaba de la envidia y la admiración de las demás muchachas del pueblo.

El, en cambio, contemplaba su cuerpo esbelto y bien formado. Adivinaba sus elásticas, duras y achocolatadas carnes, y la desnudaba mentalmente. Su boca, graciosamente hinchada, sus ojos vivaces, lo impresionaban tanto que, en verdad, se había enamorado como raras veces.

—Me gusta porque tiene tipo cubano. Siempre he soñado con una mujer así — repetía a todos sus amigos.

Montando buenos caballos, se acriollaba poco a poco, y recorría las calles pobladas de yerbajos que rodeaban el barrio de su **cubana.** Cuando disgustaba con ella, salía de caza por la selva desconocida; navegaba por el río en canoa o se emborrachaba hasta enloquecer. Entonces armaba escándalos en los contados burdeles del pueblo y se peleaba con los negros trasnochadores.

Frente al espejo, la **cubana** trataba de convencerse de que estaba enamorada; pero el eco de una risa idiota le sonaba persistente. Las conversaciones del gringo, dispensándole sus gringadas, le parecían estúpidas. Tal vez lo eran. Sus ademanes bruscos la desconcertaban. Mas, todo era disculpable en un gringo que tenía dinero, y que le daría retoños más blancos que ella, y quizás hasta rubios. Por eso, cuando estaban juntos, la chica se sentía jubilosa como él.

La boda quedó convenida. Algunos amigos de Jacob, europeos, se ofendieron porque se iba a casar con una mujer de color, y le cancelaron la palabra. El se les rió en la cara.

Estalló la guerra y el matrimonio tuvo que postergarse. Los parientes de Jacob Muret, que residían en Francia, enmudecieron. No vino más dinero y no se tuvo noticias de ellos.

La familia de la **cubana** se puso en guardia. La gente comenzó a dudar de la riqueza de Jacob. Ya no malgastaba como antes ni invitaba a beber a sus amigos.

Simultáneamente empezaron a rodar historias sobre el pasado del francés, originadas a raíz de una borrachera. Parece que en una de sus locuras alcohólicas quiso matar a alguien con una gumía que él aseguraba habérsela comprado a un moro, en uno de sus viajes a Marruecos.

Más de uno afirmaba que el francés era prófugo de Cayena. Otros decían que era un quintacolumnista. El de allá sabía que era un estafador internacional. Ninguna de estas cosas pudo confirmarse.

Estos rumores llegaron a la casa de la **cubana,** contribuyendo a distanciarla progresivamente del espíritu del gringo.

Sin embargo, los novios todavía salían juntos.

Una noche calurosa, bajo un cielo denso y oscuro, llegaron a los arrabales de la población. Largos troncos de balsa blanqueaban amontonados en la noche. Suaves y limpios, invitaban a sentarse, y ellos se sentaron.

Los grillos y las chicharras pedían agua desaforadamente.

La tomó de la mano y ella se estremeció. Después de un instante, le dijo:

—Te noto cambiada, ya no me quieres como antes.

—Eso crees tú, siempre soy la misma.

—Bueno, me lo vas a probar esta noche.

La apretó con sus poderosos brazos y la besó ardientemente. La joven se retorcía lúbrica. Cálidos impulsos oscuros le ascendían de la sangre. El vió la única ocasión de satisfacer su deseo torturado.

Pero la **cubana** se dominó al punto y protestó airada:

—¡No! ¡Eso sí que no!

Jacob, avergonzado, se atrevió a balbucear:

—¿Y... acaso no vamos a casarnos?

—Quien sabe... Papá ya no quiere.

—¿Y tú? — interrogó el otro, alarmado, al par que le crecía una rabia frenética, mezcla de amor propio herido y de venganza pronta.

—Bueno... Yo... Yo tengo que obedecer a papá.

—¡Mentira! ¡Mentira! —gritó el francés—. Tú estás enamorada de otro.

Sus manos grandes, de dorados vellos, subieron violentas hasta el cuello trigueño y sudoroso. Presionó con sus dedos, salvaje y ciego.

La muchacha pedía auxilio con agudos gritos.

Acudió presurosa la gente, como si hubiera estado en espera de esa señal. Le arrancaron la víctima a tiempo. Alguien descargó un garrotazo sobre la cabeza del gringo, pero él, en lugar de caer, se revolvió furioso contra todos y contra nadie.

Varias personas acompañaron a la muchacha hasta su casa. Llorosa y asustada se arreglaba el cabello crespo, perfumado y lustroso, ahora despeinado por el forcejeo.

Así terminó un gran amor de Jacob Muret. Nunca llegó a explicarse por qué siendo ella una mujer de color, y él un blanco europeo, fracasara tan ruidosamente.

Desde entonces, Jacob Muret volvió a cortarse el pelo en una forma nazi, y perdió el gusto por las mulatas y por la carne cruda picada con cebollas.

Guayaquil, julio de 1941.

FEDERACION Y AUTONOMIA

ES LA GRAN FORMULA DE NUESTRO DESTINO

EL federalismo es natural y propio en América. Arraigado como unidad en las costumbres coloniales, durante la emancipación adquiere personalidad definitiva. Nacen las instituciones de cuanto estaba en la naturaleza y estilo de sus habitantes, creando un intento colectivo de acabada organización societaria. Tiene dos raíces fundamentales: una en la tierra, otra en el hombre. La tierra americana es inmensa y presenta todos los aspectos imaginables, desde los fríos de Alaska hasta la dureza de la meseta patagónica, pasando por los bosques amazónicos, el altiplano boliviano y la inmensa cordillera del Pacífico.

Tal variedad de aspectos dieron al hombre, por intermedio de la tierra, cierto grado propio de diferenciación y modos distintos de interpretar la vida; vale decir, de vivir individual y colectivamente.

Estos pueblos, diferentes y semejantes en muchos aspectos, necesitaron levantar durante los siglos XVIII y XIX los elementales sustentos de su convivir gregario; labor que se desarrolló de manera y estilo diferente al de los europeos, aunque notoriamente influenciada por los conquistadores y colonizadores españoles.

Las mismas divisiones establecidas por la corona española, portuguesa e inglesa son una base de federalismo antiguo, y del moderno lo son el Brasil y los Estados Unidos actuales, por sus formas históricas de constituirse.

En todos los pueblos de América hispana encuéntranse al salir de las guerras de la independencia y al entrar en las civiles, su continuación o lo mismo, las grandes luchas por el federalismo. El federalismo es el ideal máximo popular de constitución y llega un momento en que ninguno de los grandes países se puede estructurar en la llamada reorganización nacional sin el esencial pacto federal o tendencia federalista. En México, el federalismo tiene sus luchas (1823-35), en Brasil se constituye una república federal después del imperio, porque de otra manera no pueden conciliarse los intereses en pugna ni unirse los hombres; Chile, que resulta una república unitaria, aunque por muy poco tiempo, también pasa sus años de federalismo; de Argentina diremos que el federalismo es el contenido total de sus luchas civiles y la base de su desvirtuada Constitución. Con los Estados Unidos de América nace una república federal a su modo; de base comunalista, de unión de comunidades, si es verdad que su constitución y el federalismo de Hamilton sirven de modelo para el resto de América, tendremos en cuenta que a éstos les siguen las clases directoras. Los pueblos de América del Sur no entendieron nada de tal Constitución Federal, pues ella es peculiar a las colonias inglesas.

Nosotros tuvimos aquí un federalismo propio y popular, que nada tiene que ver con la Constitución de Virginia y menos con Hamilton. Artigas, Ramírez, López, Facundo y sus miles de gauchos fueron de sentimientos federales mucho antes que la carta de 1853.

En América siempre se dieron dos federalismos: uno de los pueblos, de masas populares y campesinas, que consistió en un amor hacia el terruño y un maravilloso afán por desarrollar las virtudes y características locales, y el de las clases cultas, que fué una gran maniobra intelectual y abstracta, sin contenido, nacido del conflicto vivo para el dominio de estas regiones después de las guerras civiles. Este último fué una transacción con el terrible de los montoneros en nuestro país y con la bravura de los hombres de las campañas y montañas en todas las demás naciones.

El federalismo popular, del corazón del pueblo, de las masas y grupos civiles como fenómeno biológico, fué el esencial. Cuanto dijeron las Constituciones, sobre todo la de los Estados Unidos, no tuvo ni tiene importancia. Carece de significado histórico. En general las Constituciones no determinaron nada. Algunos países como Bolivia tuvieron veinte, a otros, como los Estados Unidos, les fué suficiente una que sólo defendía intereses personales de cuatro campos: el financiero, de los fabricantes, comercio-transporte y seguridades públicas (1).

Las Constituciones en América no crearon los sistemas; en Argentina, por ejemplo, la de 1853 fué una mezcla de intereses, unitarismo, principalmente, y con ideas federalistas, como si se hubieran contemplado las dos grandes tendencias de esta historia tan complicada y sugestiva de los pueblos americanos.

Todas las Constituciones americanas dieron una gran fuerza al poder central sobre el cual podría cimentarse un Estado-Nación, y por consiguiente una gran nación. Sin embargo, el efecto de estas Constituciones no modifica en nada el doble juego histórico del sentido institucional americano. Hoy nos encontramos no sólo con las mismas fuerzas de 1810, sino con los mismos problemas planteados más agudamente, muchos de los cuales, aun discutidos entonces, todavía hoy no encuentran solución.

El federalismo, durante las guerras de nuestra independencia: México, Argentina, Colombia, EE. UU., etc., deviene la fuerza primaria y tensional de las luchas. Del mismo contenido de tales acontecimientos se deducen dos grandes corrientes de unificación. La de lucha, pues todos los pueblos lucharon con fines e ideales más o menos semejantes, y la de unificación, cuyo contenido era una sola estructura unitaria. El viejo federalismo de nuestras tierras luchó siempre por la unidad. Naturalmente que no podían adaptarse al alma americana ciertas formas de evolución social de la vieja Europa, en ese entonces con caracteres completamente diferentes y hasta opuestos.

El federalismo se presenta como fuerza de organización por cuanto estimula lo real, lo local; le da vida a los cabildos, comunas, ciudades, campañas, tierras. Contra ello arrancarán más tarde las fuerzas que, siguiendo la evolución centralizadora de la urbe, intentarán la liquidación de toda autonomía, de toda libertad del hombre y sus agrupaciones; vale decir, individual y colectiva.

El federalismo en América no es el exotismo que le atribuyen ciertos historiadores; es propio y natural del sentimiento de solidaridad, del amor a la tierra, de gente que trabaja y vive en la campaña...

De las llamadas reorganizaciones nacionales hasta nuestros días, en todas partes se ha luchado por la independencia; unas veces fueron los pueblos y comunas exigentes de derechos, en abierta oposición con la evolución y el desarrollo del Estado, que todo lo llevaba a un núcleo central, sede del poder capital y lugar directivo de las riquezas y finanzas.

El federalismo es una fuerza viva y dinámica en la política y vida de todos los países americanos; merced a ella se conservarán en parte las antiguas calidades y las preciosas cualidades y peculiaridades de las regiones. Esta fuerza trabaja el alma de las naciones americanas dentro de sus límites estaduales y más allá también, pues para ella no existe lo interior solamente, sino lo interno e íntimo; es una de las fuerzas para las cuales los límites fronterizos no ofrecen serias dificultades y puede desarrollarse en todas partes resistiendo la avalancha de los Estados totalitarios que son centralizadores y unificadores, por monopolio y absorción de la vida, no por desarrollo natural de la misma.

Dadas las características americanas, en los últimos cien años se han formado nuevas poblaciones, numerosas regiones fueron habitadas; ellas contribuyeron a formar ese sentido o sentimiento autóctono que palpita en todo nuestro continente. Tales creaciones maravillosas no se pueden perder y dieron en cierto modo tinte propio y fe a las distintas nacionalidades; es la verdadera base de las actuales repúblicas en cuanto tienen de positivo. Tales aspectos es menester contemplarlos en toda su extensión y sólo se consigue por medio del federalismo. Este fué un nexo de unidad claramente probado y documentado en toda América y en cualquier época lo seguirá siendo.

Los aspectos que en la formación de México determinan la característica del mexicano, en el Brasil el tipo o los distintos tipos del brasileño, en el Paraguay al paraguayo, han de respetarse profundamente como resultados de una amplia unión federativa de pueblos en marcha hacia una federación más amplia que forma la unidad americana, y agregamos que en el terreno de los federalismos caben todas las nuevas agregaciones, como que en ella está el respeto por la independencia de los grupos, regiones, federaciones menores o unidades nacionales.

UNIDAD Y DIFERENCIACION

América necesita los dos grandes factores progresivos de su realidad y sociedad, complementarios e inseparables. Necesitamos no sólo conservar las diferenciaciones de todos los pueblos, sino cultivar estas diferenciaciones; una cosa son las afinidades y otra es pensar en una igualdad inexistente. Precisamente la labor inteligente de nuestra generación consistirá en acelerar el crecimiento, desarrollo y propulsión de los factores diferenciales americanos. Cada región, provincia, lugar, ha de ser lo propio con las más altas modalidades tanto más ampliamente desarrolladas. Esto, por supuesto, no sólo ha de referirse a la producción, a ese mundo económico que encontramos en todas partes, sino a la sociedad y modalidad humana, tan interesante y original cuando es natural acrecentadora de los paisajes y riquezas de los valores culturales, porque de esta diferenciación y cultivo de lo autóctono y de la autoctonía, surgirán evidentemente los grandes valores de la cultura americana, de su caracterización e individuación.

Los pueblos y naciones americanas tienen suficientes diferencias como para percibirlas claramente en su potencia creadora e importancia objetiva. No es que se vengan a descubrir precisamente en el momento en que se habla de una gran unidad; ya tienen personalidad histórica y casi todas ellas desde antes de la independencia; contra estos factores que actúan en amplitud en las sociedades americanamente constituídas no se puede ir; por el contrario, nuestra labor es seguir esa corriente desarrollándola ampliamente en todas las regiones.

El ideal de borrar las diferencias entre los pueblos americanos es sólo originario de la tiranía y no producirá más que desastres y miserias.

Pero el cultivo de las diferenciaciones no puede, por lógica cierta, reducirse a cualidades antropológicas o de costumbres; también ha de extenderse al mundo de las ideas. La organización asegurará la libertad de ideas y no hay otro camino que el federalismo, sistema que respeta las libertades de los grupos en cierto sentido individualmente.

Naturalmente que las acciones tienen su límites y éste está marcado por las sanciones o determinaciones de la mayoría de las colectividades federadas y es uno de los fines conservar vitalmente el mismo organismo en su total integridad.

El organismo federativo tiene una pequeña fuerza integrada por los distintos componentes federativos u organizado centralmente. Esto último puede ser un peligro, pues se iría ampliando cada vez más, como pasó con la organización del Estado moderno y su desarrollo posterior.

La federación no es la vaguedad de una liga; es la concreción de algo por lo cual hay que trabajar, luchar y servir un nuevo gran ideal americano.

Federación y autonomía, es la gran fórmula de nuestro destino.

Puede darse asimismo la posibilidad, pues ya tuvimos la realidad en la gran Colombia, formada por Venezuela, Ecuador, Colombia, Panamá, o la unión de las repúblicas centroamericanas, que surjan intentos de formarse agrupaciones geográficas como la del Perú con Bolivia y Chile, la de Chile con Argentina y ésta con Paraguay y Uruguay, y tales agrupaciones naturales, verdaderas unidades geográficas o económicas, serán admitidas como de gran conveniencia, pues es verdaderamente en el terreno de la aproximación, es decir, en el mismo terreno, donde han de poder mostrarse los beneficios económicos y sobre todo la solidaridad. Las ideas de las unidades económicas complementarias en América, si es verdad que pertenecen al orden técnico, son más factibles y están encuadradas históricamente en la realidad de donde no se las puede desechar, ni impedir que muchos hombres y asociaciones trabajen en su favor. Paraguay, Uruguay, Chile, forman un todo con Argentina. Las provincias nuestras como Mendoza, San Juan o territorios sureños. etc., están virtualmente unificados con las tierras limítrofes chilenas, donde encontrarían su salida natural al mar.

No vaya a creerse que el federalismo carece de inconvenientes; el primero es de constitución, luego aparecen los de función. En América, si a esta federación se le quiere dar una capital, es decir, cuanto en lenguaje político tradicional se entiende figuradamente como una cabeza, se establecería el principio de una potente y terrible centralización, como lo fué Ginebra para la Liga de las Naciones. Naturalmente que en la federación americana podría ser Wáshington, Buenos Aires o Río, retornando a plantear y crear problemas falsos de predominio y centralización de poder y urbe, cuya consecuencia cercana o lejana sería la pérdida de la autonomía para los distintos pueblos y naciones americanas.

Es bueno hacer notar en este punto los errores cometidos en los intentos europeos. La Liga de las Naciones se quiso constituir, repetimos, como una sociedad de Estados, e inmediatamente quedó planteado el problema de las diferentes fuerzas y potencias de los Estados componentes. Se retomó el viejo problema de los equilibrios apoyados en las fuerzas pertenecientes a distintas potencias individualmente, y todo se vino al suelo (2).

Sobre la fuerza no se puede crear nada colectivo americano o mundial, por su misma naturaleza peorativa, que siempre es materialismo y armamentismo; sólo sobre la cooperación y solidaridad, como valores fundamentales ideales de las colectividades, ha de originarse un nuevo mundo. El antiguo equilibrio europeo estaba roto antes de la guerra de 1914; después de ella se quiso formar una unión mundial de Estados sobre un equilibrio nacido de la guerra, apoyado en la economía y las armas capitalistas, y esto mostró su rotundo fracaso en 1939.

Una federación de Estados no puede formarse sobre la grandeza de ningún poder ni sobre la hegemonía de ningún sector, ni con miras de dominación hacia otros continentes; ha de tener tres puntos de referencia: el aporte de la solidaridad, la cooperación de todos y la realización de una justicia. Tendrá también dos perspectivas: una, la concreta de los pueblos que la forman, y otra, la de integrarse tarde o temprano en una unidad mundial; es decir, de todos los pueblos del mundo, en racional cooperación.

La unión americana no se hace sólo para aumentar las fuerzas. Hoy, con la guerra, parece que el miedo hubiera aconsejado unirse sólo para defenderse; pero ello es una sola razón. El aumento de la fuerza y de la seguridad son importantes, mas no esenciales. Nuestra unión es más vital que los aspectos negativos enunciados. El armamentismo no da seguridades; la unión se hace para crear una gran civilidad en la cual quede asegurado por igual la paz entre los pueblos de América y por consiguiente del mundo y la seguridad interna de sus habitantes en las esencias vitales de la marcha de una individualidad en la sociedad; con una conciencia clara de las imperfecciones de cada grupo y de todos juntos, nacida de la condición humana y de sociedad que nos lleve a un gradual perfeccionamiento.

La fórmula federalista es la única integral como unión y unidad, pues encierra primero los valores sociales tal cual son y los tenemos en la geografía, en la antropología e historia. Se respeta lo local, lo regional y todos los lazos creados por los esfuerzos del hombre americano durante los siglos de su constitución.

Al desarrollo y emancipación real de

---

(1) "Los miembros de la Convención de Filadelfia que redactaron la Constitución, estaban, con unas ligeras excepciones, inmediata, directa y personalmente interesados en la implantación del nuevo sistema, porque sacaban de él grandes ventajas económicas.

"La Constitución era esencialmente un documento económico basado en el concepto de que los derechos fundamentales de la propiedad privada eran anteriores al Gobierno y moralmente estaban fuera del alcance de las mayorías populares" — Charles A. Beard: An Economic Interpretation of the Constitution of the United States. 1925.

(2) "Los portavoces del Estado van a defender en conferencias internacionales tendencias o intereses nacidos o registrados previamente bajo el signo del particularismo nacional. Este signo no puede ser borrado por los hombres de Estado. Podrán los Estados notar los progresos de la solidaridad europea, pero no promoverla" — Lucien Romier: Nation et civilitation.

América corresponde el federalismo. En la organización americana autóctona ajusta el federalismo. Jamás podrá América unirse bajo una dictadura, con una centralización cualquiera. Hoy mismo percibimos cómo veinte años de intensa labor contra los imperialismos replantea el problema de la verdadera autonomía y de la integral independencia; mas esto, que tiene una consistencia limitada dentro del orden nacional, no puede llegar a grandes uniones sino en el ordenamiento federal, que ya tienen los americanos del norte, los brasileños, a pesar de la fuerza de su dictadura, y los argentinos, no obstante las grandes pérdidas de libertad de los grupos provinciales y regionales absorbidos por la finanza política de Buenos Aires...

Al ceder lo artificial de las organizaciones antiguas se proyectan las estructuras de las nuevas, pero las ideas y hechos que le dan nacimiento, son muy lentas en su formación y son extraordinariamente lentas para desaparecer. Convertidas después de largo tiempo en errores evidentes, para los espíritus instruídos, permanece para las multitudes como verdades indiscutibles y continúan influyendo en las masas populares de las naciones (3).

Hemos dicho que la federación ha de incluir o todos los países de América, mas tal extensión no implica jamás exclusiones, pues las características federativas dejan abiertas conexiones y vías para otras uniones.

Nos encontramos, pues, con la institución y noción política que corresponde al federalismo, y ésta no puede ser otra que un **Consejo Federal continental**, integrado por representantes de los pueblos y organizaciones del continente.

Acostumbrados como estamos a aferrarnos a las ideas muertas de Estado-Nación, muchos quisieran o querrán ver en este Consejo o Comité proyectado, solamente un Estado más amplio que los existentes. Será muy difícil a numerosos partidarios de la unidad americana extirpar la idea de sus dioses muertos; mas se iría a un rotundo fracaso si se creara una institución de orden político y otra distinta de orden económico, entre las cuales se plantearían de entrada, problemas de poder. Al hablar de federación, no olvidemos la necesidad de un Consejo Continental de la Economía, que realice la administración y ordenación de las cosas en sus líneas generales.

Ahora bien; si del funcionamiento de ese Consejo General de la Economía surgiera la necesidad de un organismo específicamente político internacional o supranacional, podría dársele nacimiento por el mecanismo de la delegación de funciones, pero se trabaría completamente el buen funcionamiento de la unión americana, si a la administración de las cosas o Economía, se agregara un nuevo organismo de gran poder.

La gran federación debiera tener por características positivas un contralor y coordinación económica en la producción y administración, y una amplia libertad en el orden político; libertad política de los componentes federales y de las organizaciones, agrupaciones, federaciones de industrias, sociedades, etc., que forman lo vital americano.

El mundo tiene la más larga experiencia, siempre repetida y siempre olvidada, que la concentración de poderes en un cuerpo político unido, representa el mayor peligro para los demás países y la pérdida de libertad para el que la sufre, así se llame federación o Liga, democracia o dictadura.

Los distintos ejemplos de federaciones existentes en el mundo no tienen aplicación en la conformación nueva de la unidad americana; nos referimos a Suiza, el Zollverein de la antigua Alemania —1819— y a la Constitución de los Estados Unidos; aunque estos tres ejemplos ya digan mucho de por sí, como en una época y en un tiempo haya sido siempre factible la idea de unión y fecundísima su realización. El antiguo pensamiento de formar organismos ejecutivos deviene cada día más peligroso, por la intromisión del mundo económico y las ventajas de una gran técnica. Terminaría siempre como ha terminado, por un afán de dominio que llevaría a las guerras y nuevas dictaduras. Todo poder siempre resultó en la historia un poder de agresión, sabiendo lo cual no podemos crear las condiciones nuevas para ese poder tan deseado por el capitalismo y conservado por los privilegios. La creación de una entidad política colectiva de poder en la unión americana, es el error más peligroso en el cual quieren caer los hombres. Por tal camino no haremos más que preparar nuevas condiciones de retorno al pasado, que creemos superado, pero que nos arrastra con sus fuerzas.

Cuanto venimos persiguiendo es una voluntad de cooperación en los hombres y en los pueblos, contrario al afán de dominio. Es el sentido de justicia cuanto coresponde organizar; y tendremos que optar: por una política organizada institucionalmente o por los sentimientos de justicia desarrollados en hombres y en grupos, gremios y pueblos.

La admisión en principio y en realidad de unidades políticas autónomas es la libre comunidad política y ello no implica la existencia de comités ejecutivos, de la importancia y fuerza que tendrían en un Estado formado por todos los Estados americanos.

Nuestro siglo ha impuesto una política llamada realista; la han hecho las democracias, la hizo el fascismo, la hizo Estados Unidos y la hicieron los imperios. Todavía no hemos de continuarla, porque entonces la unidad podría ser explotada para beneficio de los Estados Unidos o de una unión entre Brasil y Argentina, o de minorías privilegiadas, con lo que quedaríamos peor que antes.

Introduciendo la justicia en cuanto hoy corrientemente se denomina política, el rol de un gobierno, aunque fuera federal, se desvanece hasta su desaparición o queda reducido a un mínimo.

La solución federal no implica un super-Estado federal, pues éste fracasaría rotundamente al querer aplicar leyes iguales a todos los pueblos desiguales, como ha sucedido con todos los antiguos ensayos federalistas y recientemente con la Liga de las Naciones. Los pueblos de América son bastante desiguales concretamente y las condiciones reales naturales de los países hacen que una misma ley sea inaplicable a todos. Tales casos y circunstancias en América plantean por igual la potencia de la solución federal y la inoperancia de un gobierno o super-Estado continental.

La unidad americana por el lazo federal es el ordenamiento de la vida social de los pueblos y hombres del continente americano por medio de la más amplia pluralidad de poderes cuidadosamente equilibrados, que no vendrán desde arriba, sino que nacen de las raíces populares, de la propia contextura de los países, regiones y hombres americanos. Por ello es un error prometer que la unión podrá ser una cosa perfecta y que con ella se ha de conseguir todo; es solamente un nuevo y esperanzado camino, por donde la civilización americana lograría proyectarse en el trabajo y en el ideal. Nueva vía que nos aproxima a la justicia y a una felicidad, a condición de trabajar, de perfeccionarnos, de sacrificarnos también en muchos aspectos, que son bravos en la naturaleza del hombre.

Conversando con algunos panamericanistas ingenuos, nos expresaban su opinión (4) en el sentido de crear un Comité, como el actual panamericano, con representantes de todos los gobiernos, al cual se confiriera la suficiente fuerza como para imponer sus decisiones; es decir, la creación de un ejército y una armada internacional al servicio de dicho comité. Tal medida implicaría la creación de un gobierno artificial, autoridad que tendría un poder supremo sobre vidas y haciendas de todos los habitantes de América, todo lo cual significaría lo mismo que tratamos de desterrar por su peligroso fracaso e impedimento al progreso social y evitación de la guerra. Toda creación de un poder político es un camino falso con el espejismo ingenuo de quienes no tienen memoria del pasado ni ven el porvenir.

Tampoco la solución federalista es una cosa concluída; tendrá evidentemente sus imperfecciones, pero siempre menores y menos importantes que las de los regímenes actuales. Vivirá unida a la evolución de la trama íntima del hombre y de los grupos y naciones americanas; de ahí que el verdadero federalismo ha de empezar desde abajo, desde los fundamentos, y continuar en lo vertical como en lo horizontal, pues seguramente su éxito dependerá de los niveles morales, intelectuales y económicos de las masas.

---

(3) **Gustave Le Bon:** Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos; pág. 1.

(4) "Ninguno de los gobiernos (exceptuando tal vez a Francia) deseaba la guerra más que los motoristas borrachos desean un accidente. Pero todos deseaban ciertas ventajas nacionales. Preguntar quién tuvo la culpa es como preguntar quién tuvo la culpa en un accidente automovilístico en un país que no tiene los caminos regulados. La falta de un gobierno internacional hizo que cada nación fuese el juez de su propia causa; y esta falta hace que se sucedan aún de tiempo en tiempo y casi con seguridad las grandes guerras. La soberanía ilimitada de un Estado la fomentaban el orgullo de los monarcas y la creencia liberal en el principio de la nacionalidad. Y esta exaltación caótica del orgullo nacional nos llevó lógicamente a la guerra de 1914 y nos seguirá llevando periódicamente a guerras sucesivas, hasta que una autoridad que esté por encima de la nación sea suficientemente fuerte para exigir obediencia". — **Bertrand Rusell:** Libertad y Organización; pág. 506.

JUAN LAZARTE

HA MUERTO UN GRAN INTERNACIONALISTA: SEBASTIAN FAURE

Desde Vichy, fechada el 17 de julio, llega la escueta noticia: **"A los 84 años falleció en Royan el conocido pacifista Sebastián Faure".** De Vichy, donde yace en vida el mariscal Petain. Comparad a ambos octogenarios, el uno sombrío espectro del odio, decrépito como el régimen, frente al otro, todo luz y amor, espíritu noble y rebelde, uno de los cerebros más firmes y fecundos del pensamiento y del movimiento libertario internacional; y al compararlos avivaréis en vosotros el dolor y el valor de la pérdida del gran teórico federalista.

Sebastián Faure muere en una época de transición social. No ha podido exclamar como Elíseo Réclus, al morir en 1905, ante el entonces naciente clamor de la Rusia insurrecta: "¡Al fin!", pero mudo quizás ante la masacre, con la angustia de la impotencia, su serenidad de combatiente habrá sonreído a los tiempos futuros por cuyo advenimiento luchó durante más de seis decenios.

Fué el recio demoledor del "principio de autoridad". Usó siempre el lenguaje sencillo de las grandes verdades. Estuvo siempre como animador, nunca como líder, al lado de los jóvenes, y para ellos organizó en 1922 la "Escuela para militantes" en la organización federalista libertaria. Era un gran proselitista: consideraba una jornada perdida cuando no había podido hablar o escribir en defensa del primordial derecho y deber del hombre: la Libertad. Junto con Jaurés, pero en divergente escuela socialista, fueron los dos más grandes y temibles oradores de Francia. Sus libros y folletos, en innúmeras ediciones, alcanzaron en el pueblo, sobre todo entre los trabajadores, una difusión tan extraordinaria como ningún otro escritor, en materia sociológica. En el gran "Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano" hallamos esta biografía, que, aunque aviesa e intencionada, refleja oculta admiración: "Agitador francés contemporáneo, nació en Saint Etienne en 1858. Hizo sus estudios en un colegio de jesuítas, y entró en el noviciado en Clermont-Ferrand, pero a los 22 años, a la muerte de su padre, ahorcó los hábitos y se estableció en Burdeos, luego en París. Se contaminó de las ideas anarquistas, las propagó en conferencias públicas y periódicos, fundó "L'agitation" y "Le Libertaire" y dirigió el "Journal du Peuple". Es autor de la famosa obra "El Dolor Universal", que ha sido traducida en casi todas las lenguas de Europa". "El Dolor Universal": ¡admirable libro! Quien esto escribe era un adolescente cuando lo halló en la biblioteca paterna, y fué para devorar su lectura... y "contaminarse". Por él supimos que la "cuestión social" no es ni política, ni económica, ni moral, porque "es a la vez política, económica y moral", y que el problema a resolver consiste en: "instaurar un medio social que asegure a cada individuo toda la suma de felicidad adecuada en toda época al desarrollo progresivo de la humanidad", concepción libre e igualitaria, gradual e integralista al mismo tiempo. La precisión con que analiza cada término de su postulado, es la de un intenso razonador, que aclara toda posible logomaquia, pero cuya razón no excluye la profunda pasión idealista que infunde al texto. Si al leer este libro os detenéis en su último capítulo, en la hermosa visión alegórica, verdadero arbol genealógico de la autoridad —raíz, tronco y ramas—, su agudeza de síntesis penetrará en vuestra conciencia, por virtud de lógica y comprensión. El espacio nos impide reproducirla.

Como vimos, pudo volverse jesuíta, pero no estaba en él, ni era su vocación, sino su antítesis. No podía aceptar la casuística de Loyola, ni en lo religioso ni en lo político, justificar el fin por los medios, porque Faure sólo admitía el natural egoísmo con la base del altruísmo, el bien de uno y para todos, en la justicia y en la libertad. Se liberó de dogmas, y su reacción de crítica contra la credulidad y la "falsa redención", le hizo asestar sus más severos y preferentes juicios contra la Iglesia. Así escribió sus tan divulgados opúsculos "Los crímenes de Dios", "Contestación a una creyente", "Doce pruebas de la inexistencia de Dios" y la gran obra "La impostura religiosa". Anduvo por toda Francia por aquel entonces dando especialidad a la campaña antirreligiosa, pero a pesar de todo, fué siempre un hombre poseído de fe, y en su fervidez combativa reemplazó lo divino por lo humano.

Combatió también sin tregua los dogmas políticos. La crónica lo llama "pacifista". No fué pacifista pasivo y sí activo. Para él la paz social no era la paz burguesa de la explotación y del privilegio, sino que radicaba en la transformación del régimen de autoridad, "que en su forma económica se llama capitalismo, y en su forma política, Estado". Como ambas formas están ligadas, resulta la política expresión gubernamental de la economía, y las finanzas internacionales son las verdaderas causantes de las guerras. "El Estado es la expresión política de la autoridad: esto es, la autoridad sobre los seres: la propiedad es su expresión económica; esto es, la autoridad sobre las cosas". Dirigió sus lanzas contra los políticos electorales. Cierto día, Arístides Briand, todavía secretario general del Partido Socialista, vino a ofrecerle una candidatura a diputado, diciéndole: "¡Oh, Sebastián, dos hombres como usted y yo en la Cámara; yo un estratega mañoso y hábil, usted un orador fogoso, eso sería la revolución en la Cámara!" Faure se limitó a negarse, entre sonriente e irónico, y concluyó así: "Usted será diputado dentro de seis meses, Briand, y dentro de un año habrá cambiado de hombro el fusil". Su predicción pronto se cumplió. Briand tuvo una ascensión meteórica en el Poder, y olvidó el Socialismo. Sebastián Faure siguió propagando la Revolución en el pueblo de pie, en la brecha, hasta su muerte.

De 1895 a 1914, en que deja de aparecer por no someterse a censuras de guerra, edita "Le Libertaire", que fundó con la admirable y heroica Luisa Michel. En 1923, al crearse la organización federalista libertaria, el semanario se convierte en diario. Redacta nuevos opúsculos: "Elector: escucha", "Lo que queremos", "Autoridad y Libertad", "Feudalismo y Revolución", "El Sindicalismo", "El proceso de los Treinta", "La verdadera revolución", "La crisis económica y el paro forzoso", etc. En 1923 escribe otra gran obra, que continúa su primera: "La felicidad universal (mi comunismo)". En ella describe, al par utópica y realista, el surgir de una nueva vida societaria en libre y fraternal acuerdo. Un año antes editóse "Temas Subversivos", que reune sus 12 famosas conferencias de 1920-21, que agolparon enormes concurrencias, con gran revuelo de la opinión pública.

En 1921, toma a su cargo la preparación de la vastísima "Enciclopedia Anarquista", que consta de varios tomos con millares de páginas. Todos los periódicos obreros y libertarios de Francia y del mundo reproducen sus cientos de artículos. Y para cerrar esta breve reseña de una vida de abnegación y sacrificios, admirada hasta por sus enemigos, detengamos la mirada en un oasis de su prédica militante: su Escuela, su amor a los niños. Nos dice: "El niño debe ser él en sí mismo". El educador no debe constreñirlo, para prolongarse en su mente tierna. Debe ayudarle a que se forme solo. El educador debe ser ejemplo, guía, orientador, sostén. Nada más, nada menos. Por eso y para eso fundó "La Rouché" ("La Colmena"). En 1913, con unos pocos francos, decide alquilar, por una suma diez veces mayor, una extensión de 25 hectáreas con 15 habitaciones, sin muebles, ni útiles, pero con 25 niños, y este "colmenar", ante el asombro de incrédulos y detractores, dura diez años, de 1903 a 1914. En 1913, para salvar el déficit, recorre infatigablemente Francia entera, y con el producto de sus conferencias reune 30.000 francos; la escuela sigue en pie, hasta que estalla la guerra en 1914. Su "Colmena" queda como un símbolo para la nueva educación.

Este es el gran hombre, pleno de bondad, apóstol libertario, que acaba de morir. Conoció procesos, amarguras, pero toda su vida fué su gran amor y consecuencia al ideal libertario. Por eso, una vez habló así a sus amigos, a sus compañeros: "Comprendéis ahora, camaradas, que se puede consagrar la vida a ese ideal. Es a ese ideal a quien consagré la mía, íntegramente. Desde el día en que la luz se hizo en mí, mi decisión fué hacerla conocer a los demás, y he permanecido, lo afirmo, fiel a ese juramento. Y permaneceré fiel hasta mi último suspiro. Si lo violase, es que se habrá debilitado en mí la razón, extinguido la lucidez, es que habrá muerto mi energía". Y sus camaradas de todo el mundo exclaman ahora: Su razón fué una fuerza moral nunca vencida, su lucidez no se apagó jamás para defender la verdad y la justicia, y su energía será un ejemplo siempre viviente para las nuevas generaciones libertarias.

HIPERION

LITERATURA TURCA CONTEMPORANEA por J. G. BLANCO VILLALTA

UN valioso aporte para el conocimiento de la literatura turca, asaz desconocida para nosotros, es el que nos brinda J. G. Blanco Villalta con "Literatura turca contemporánea".

Con una evidenciada erudición presenta un cuadro panorámico, pero sin dejar de ser profundo, de los diversos aspectos de la lírica y de la novela turcas, desde sus orígenes hasta nuestros días.

Interesantísima obra la comentada, que nos pone en contacto con ricos veneros de poesía y de sustanciosa prosa, y despierta a la vez el deseo de conocer los trabajos completos de los diversos autores que por sus páginas desfilan.

"Literatura turca contemporánea" ha sido escrita siguiendo un plan claro y conciso, y dentro de estas cararterísticas da una visión exacta y honda de los valores literarios que nos presenta. Aparece como la parte más interesante la que concierne a los contemporáneos, quizá porque ellos se reflejan libres de las influencias persa y árabe, como lo marca acertadamente Blanco Villalta, que durante siglos pesaron sobre la idiosincrasia del pueblo turco.

La poesía turca, a través de las traducciones, deja entrever una vena de honda dulzura y melancolía. Esto en un aspecto. Del otro, nacido por el poderoso influjo de la obra de Kemal Bajá y las ideas modernas de renovación social, fluye un humanismo potente y solidario, lo que permite modelar trabajos definitivos y originales.

Hay en Blanco Villalta un escritor profundamente enamorado, y al mismo tiempo sincero y estudioso, de una literatura que siempre ha resultado exótica para nuestro país. Este trabajo representa, como dijimos, un aquilatado aporte, porque abre un cauce para el conocimiento más hondo y extensivo de literaturas orientales. Frutos de positivos valores, como existen en la literatura universal, están ocultos, hasta que concienzudos estudiosos nos los presentan, cumpliendo así una tarea de reconocido y plausible mérito. Tal el caso de Blanco Villalta, que agrega con "Literatura turca contemporánea" un nombre más a la lista de sus meritorios trabajos.

RAMON VAZQUEZ ESCALANTE

NUESTRO CANJE

PUBLICACIONES DEL PAIS

Argentina Libre, Buenos Aires - *Acción Económica*, Buenos Aires - *Correo de Asturias*, Buenos Aires - *Cultura*, Cañada de Gómez - *Claridad*, Avellaneda - *Boletín de Educación*, Santa Fe - *El Auto Argentino*, Bs. Aires - *El Auto Colectivo*, Bs. Aires - *El Argentino*, Saladillo - *El Correo de Firmat*, Firmat - *El Magisterio*, Corrientes. - *El Surco*, Cruz Alta - *El Indio*, Bs. Aires - *El Auto Rosarino*, Rosario - *Guaymallén*, Mendoza - *Itinerario de América*, Bs. Aires - *Judaica*, Bs. Aires - *La Reforma*, Tucumán - *La Verdad*, Teodolina - *La Semana*, V. Constitución - *La Verdad*, Resistencia - *Luminar*, Firmat - *La Carreta*, Avellaneda - *Nueva Epoca*, Gral. Alvear - *Nueva Vida*, Avellaneda - *Nueva Epoca*, Punta Alta - *Revista de la F. Médica*, Bs. Aires - *Revista del C. de Estudiantes de Ingeniería*, La Plata - *Universidad*, Santa Fe - *Vida Comercial*, Rosario - *Vida Correntina*, Corrientes.

PUBLICACIONES DEL EXTERIOR

Anales de la Universidad de Sto. Domingo, Ciudad Trujillo - *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago - *Ariel*, Costa Rica - *Boletín de la Unión Panamericana*, Wáshington. - *Boletín de Bibliografía Yucateca*, México - *Brújula*, Paysandú, Uruguay - *Chorotega*, Masaya, Nicaragua - *Estudos*, R. de Janeiro - *El Diluvio*, Puerto Rico - *El Pueblo*, Santa Lucía, Uruguay - *El Observador*, Irapuato, México - *En Viaje*, Santiago, Chile - *La Libertad*, S. Carlos, Uruguay - *L' Adunata dei Refrattari*, Nueva York - *Las Américas*, Nueva York - *México Agrario*, México - *Marcha*, Montevideo - *Mancomunidad*, México - *Normas*, O. de Lavalle, Uruguay - *Revista de la Academia de Letras*, Río de Janeiro - *Revista Mexicana de Sociología*, México - *Revista Nacional de Cultura*, Caracas - *Revista de Economía y Finanzas*, Lima - *Repertorio Americano*, S. J. de Costa Rica - *Renovación*, Caracas - *Tierra Libre*, La Habana - *Tegucigalpa*, Honduras - *Venezuela*, Caracas.

LIBROS RECIBIDOS

Joaquín Gómez Bas: "Faroles en la niebla". Ed. Saeta, Buenos Aires.
Avelino Pessoa Cavalcanti: "Páginas de Americanismo". Río de Janeiro.
B. Dabat de López Elitchery: "Los Herrera". Ed. Ruiz, Rosario.
Augusto Guillermo Gargiulo: "Humildades en Villa Klein". V. Ballester.
Humberto Mata: "Sanagüin". Cuenca, Ecuador.
Lucio Mendieta y Nuñez: "La Caravana Infinita". Ed. Cultura, México.
Luis Nieto: "Mariátegui". Cuzco, Perú.
Lobos Porte: "Altura y dignidad de la emoción estética". Córdoba.

PROSA MENUDA Por MANUEL GONZALEZ PRADA

DIFICILMENTE haya en América un hombre de mediana cultura que desconozca el nombre del gran maestro peruano y algo de su múltiple obra de escritor y luchador.

Poeta lírico de alto vuelo, prosista impecable, luchador infatigable, revolucionario del arte y de la vida y orientador de la juventud de su patria y de su época, marcó con su pensamiento y su acción derroteros de libertad que le valieron el odio y la persecución de políticos y gobernantes que medran en nombre de la patria y que anteponen sus intereses personales a los del país, como así también de las clases pudientes y reaccionarias y de la clerecía que en la Lima de su tiempo —colonial todavía por las costumbres y las ideas predominantes— era dueña de vidas y haciendas.

Es posible, sin embargo, que las nuevas generaciones de América, y sobre todo de la Argentina, despreocupadas y alegres, mediatizadas por una vida materialista, sin ideales y sin inquietudes espirituales, absorbidas por el deporte y la vida política de comité, ignoren todo lo que atañe a tan preclaro hombre americano, cuya vida y obra pueden y deben ser ejemplo para la juventud de este continente, en esta hora ensombrecida por la tragedia europea que amenaza extender a nuestras tierras en el afán de avasallarnos y hacernos vivir una vida humillante que no coincide con nuestra idiosincracia de hombres libres, acostumbrados a discutir todos nuestros problemas.

De ahí que nos haya sorprendido gratamente la aparición de "Prosa Menuda", compilación de trabajos de Manuel González Prada, hecha por su hijo Alfredo y editada por "Imán" en un pulcro volumen de sobria presentación no exenta de elegancia.

Forman el volumen setenta artículos periodísticos que vieron la luz por primera vez en publicaciones del Perú de los años 1904-1914 y que el hijo ha dividido en tres partes, observando la relación temática de los mismos.

Son, pues, para la juventud de hoy artículos inéditos, ya que los desconoce y que jamás hubiera tenido oportunidad de conocerlos si el amor filial no los hubiera entregado a las prensas, después de una improba labor, precisamente para conservar, no el culto al muerto querido, sino su pensamiento —que es también una forma de su acción— para que las juventudes actuales se embeban de él y aprendan a vivir una vida digna de hombres, combatiendo el mal donde quiera que lo encuentren y cualquiera sea su disfraz, para conservar libertades que recibimos como preciado tesoro de las generaciones que nos antecedieron y conquistar otras nuevas que amplíen constantemente los cauces del progreso verdadero y de la verdadera civilización.

"Prosa Menuda", que en cierta medida complementa otra obra del autor, también compilada por su hijo y publicada por "Imán" en 1939 —"Propaganda y Ataque"—, tiene la acritud, la virulencia y el sarcasmo de los trabajos escritos al calor de la lucha en que intervino su autor. Son artículos escritos con pasión, pero en los cuales la verdad y lo justo se destacan con nitidez. Hiere —no hay nada más hiriente que la verdad, al decir de Barrett, otro grande de estas tierras— cuando es menester herir, pero no por el placer de hacerlo. Su ironía es punzante; es mordaz su pluma al fustigar viejas costumbres, morales arcaicas, vicios o males individuales, colectivos o sociales, pero se ve, se palpa siempre el afán de justicia, el noble espíritu dispuesto a las nobles causas.

Tienen los artículos agrupados en "Prosa Menuda" la doble cualidad de lo inédito y de lo actual, pues González Prada, como nos decía su hijo Alfredo en carta reciente, aplicándole un pensamiento de Martí —otro luchador, poeta, orientador y luchador americano—: "Ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos con su lengua hablamos", agregando con verdadero acierto: "Tal **actualidad en el futuro** mantendrá viva la obra de González Prada por muchos años".

El compilador ha intercalado en la obra notas de gran interés para aclarar asuntos especiales, hechos históricos o fijar claramente una personalidad política o social del Perú de principios de siglo.

Es de desear que la tesonera labor filial de Alfredo González Prada, que ha dado a las prensas, con éste, once volúmenes de su padre, y el esfuerzo de Ediciones "Imán" al publicar la obra, se vean coronados por el éxito que merecen, éxito que será real si la juventud de América se interesa, lee, medita y actúa las ideas del inolvidable e incansable batallador peruano.

J. R.

SECCION TECNICO-CIENTIFICA

Dirigida por el Dr Rafael Grinfeld y el Ing. Aquiles Martinez Civelli.

EL MOVIMIENTO CONTINUO

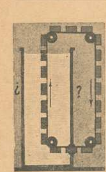


FIG. 1 — Si cada cilindro de plomo fijo a la correa sin fin tuviera un volumen de 10 litros, pesaría, cada uno, 110 kgr. Si en el recipiente hubiera mercurio, cada cilindro experimentaría un empuje hacia arriba igual a 26 kgr. Por lo tanto parecería que existe fuerza suficiente como para que el aparato funcione. Pero... lo grave es el trabajo que se debe gastar para introducir cada cilindro en el líquido.



FIG. 2 — Los conos de plomo A y B en el aire; C y D en un baño de mercurio. Válvulas especiales permitirían la salida y entrada regular de los conos en la caja.

EN algunos museos europeos he tenido oportunidad de observar incontable variedad de máquinas que pretendieron ser la realización del movimiento continuo. De la mayoría de los inventores de esas máquinas no se guarda memoria: la historia no registra el nombre de los fracasados.

Esos aparatos, que fueron construidos en la esperanza de que se moverían sin tregua, permanecen en sus anaqueles en el más imperturbable de los reposos.

Puede decirse que no hay fenómeno físico que no se haya pretendido utilizar para la realización del movimiento perpetuo.

Las máquinas que podríamos denominar puramente mecánicas consisten —todas ellas—, en esencia, en pesos que caen siguiendo determinada trayectoria y que **debían** regresar al punto de partida siguiendo un camino "más fácil" y "ayudadas" en su ascensión por las pesas que en ese momento están cayendo.

Se trataría, ni más ni menos, que de la construcción de un **"molino gravitatorio"**, de modo análogo a como se construyen los molinos a viento.

En otras máquinas la ascensión de los pesos se pretendía lograr haciendo que los mismos penetraran, al llegar al punto más bajo de su trayectoria —a través de una compuerta especial de ingeniosa construcción— al interior de un recipiente que contuviera un líquido de peso específico mayor que el peso específico de las pesas.

Se trata entonces de una correa sin fin, dispuesta verticalmente entre dos poleas; la mitad de la correa situada en el aire, la otra mitad en el interior de un líquido. Sobre la correa se fijan las pesas de manera apropiada para que puedan pasar del exterior al interior del recipiente a través de la compuerta del mismo (Fig. 1).

Podrían citarse cientos de aparatos de esta clase: en unos se pretende aprovechar la capilaridad o la presión atmosférica o la fuerza magnética de los imanes; en otros la fuerza electromotriz de contacto o los fenómenos de inducción eléctrica, etc., etc.

No es necesario poseer una gran imaginación para representarse la perplejidad y la amargura que habrán experimentado los centenares de inventores frente a la máquina terminada, que luego de dar unas pocas vueltas, en el mejor de los casos, se detiene en forma insolente e incomprensible.

Pero en el haber de la ciencia no sólo cuentan los éxitos. Infinidad de adelantos trascendentales se deben a resultados negativos y a estrepitosos fracasos.

Las geometrías no euclídeas surgen en el siglo pasado como consecuencia inmediata de los esfuerzos aparentemente estériles de varias generaciones de geómetras que se empeñaron en demostrar el quinto postulado (el de las paralelas) de la geometría de **Euclides**.

La teoría de la relatividad aparece en 1905 para dar cuenta del resultado negativo e inesperado del célebre experimento de **Michelson**.

La teoría de los cuantos de **Planck** surge en los comienzos de este siglo después de haber fracasado el mismo Planck y otros físicos distinguidísimos en la pretensión de deducir las leyes de la radiación de las leyes de la electrodinámica clásica, y, para citar un ejemplo reciente, recordaré que la moderna mecánica cuantista aparece como consecuencia inmediata de los fracasos que experimentaron los físicos más conspicuos de nuestra época, al pretender dar una explicación causal de los fenómenos en que la luz y la materia, se comportan, ora como ondas, ora como corpúsculos.

Y... ¿Qué les debemos a los olvidados inventores del movimiento continuo? A ellos, que murieron en el anonimato, que soportaron probablemente las mofas de sus contemporáneos, a ellos, cuyos nombres nadie recuerda, les debemos el más importante de los principios, el más inconmovible de nuestros conocimientos, base de toda la ciencia moderna: **¡El principio de conservación de la energía!**

El principio de conservación de la energía se atribuye a **Mayer**, a **Joule**, a **Helmholtz**...

A éstos se les debe mucho, sin duda alguna, sobre todo la formación explícita del principio, pero éste estaba en realidad ya expresado en el silencio y la inmovilidad de incontable número de máquinas que —¡oh paradoja!— fueron creadas para que se movieran sin descanso.

El movimiento continuo que hemos considerado hasta ahora, es el llamado **movimiento continuo de primera especie.** Un aparato que realizara este movimiento sería capaz de entregar trabajo, o sea energía, sin tomarla de ninguna otra parte. De la imposibilidad del movimiento continuo de primera especie se desprende que la energía no puede crearse ni destruirse, o sea, que la energía se conserva.

EL MOVIMIENTO CONTINUO DE SEGUNDA ESPECIE

Los físicos consideraban además el llamado movimiento continuo de segunda especie. En una máquina térmica, por ejemplo una máquina a vapor, se transforma cierta cantidad de calor en cierta cantidad de trabajo mecánico. Por cada kilocaloría utilizada la máquina produce un trabajo igual a 427 kilográmetros.

El movimiento continuo de segunda especie se realizaría con una máquina térmica que utilizara para su funcionamiento el calor del mar o el del aire atmosférico. Esta máquina, al extraer calor de un recinto cualquiera y convertirlo en trabajo, sería al mismo tiempo una máquina frigorífica, ya que el recinto tendría que enfriarse, y el trabajo realizado se lograría sin gasto alguno. Si se consiguiera realizar una máquina de esta clase, los barcos marcharían sin gastar carbón, extrayendo la energía necesaria del mismo calor del mar, produciendo en la masa de agua un enfriamiento que sería del todo inapreciable aun cuando se extrajeran del océano millones y millones de calorías.

El funcionamiento de una máquina de esta clase no estaría reñido con el principio de conservación de la energía y en la práctica sería tan ventajosa como un movimiento continuo de primera especie.

Pero el movimiento continuo de segunda especie es también imposible.

Esta imposibilidad del movimiento continuo de segunda especie no es otra cosa que el importante principio de la **degradación de la energía** conocido en la física con el nombre de segundo principio de la termodinámica o principio de **Carnot-Clausius.**

Si con el nombre de movimiento continuo entendemos tanto al de primera como al de segunda especie, podremos decir que a los reiterados fracasos de los inventores del movimiento continuo se les deben los dos principios más importantes de la física: **el principio de conservación y el de degradación de la energía.**

DEGRADACION DE LA ENERGIA

¿Qué quiere decir que la energía se degrada? Esto significa que a pesar de mantenerse constante la suma de todas las energías de un sistema aislado —en el que pueden tener lugar procesos de de la más diversa índole— la energía final es **menos apta** para ser convertida en trabajo mecánico que la energía inicial.

El calor pasa, como todos sabemos, de los cuerpos calientes a los fríos, pero no inversamente. Es imposible hacer que pase calor de una fuente fría a otra caliente sin que se produzcan en concomitancia otros fenómenos compensadores. Los físicos expresan esto diciendo que el proceso de la conducción del calor es **irreversible.** Si este proceso no fuera irreversible, o sea si se encontrara algún procedimiento que permitiera hacer que el calor pase, simplemente, de un cuerpo frío a otro más caliente, se podría realizar el movimiento continuo de segunda especie. Bastaría, para ello, calentar el agua de la caldera de una máquina a vapor con calor extraído, por ejemplo, del mar.

Por lo tanto, si valoramos la energía de acuerdo a la posibilidad de transformar la misma en trabajo mecánico, vale más la energía de determinada cantidad de calor, cuanto más alta sea la temperatura de la fuente térmica en que se encuentra aquélla. Cuando se enfría poco a poco un recipiente que contiene agua caliente, por ejemplo, su energía térmica no se pierde, pasa sencillamente a los cuerpos más fríos que rodean a aquél; pero, mientras al comienzo, cuando había diferencias de temperatura, hubiera sido posible transformar parte del calor en trabajo, al final, cuando las temperaturas se han igualado, ya no es posible producir trabajo mecánico, o hacer que funcione máquina alguna aunque se dispone de la misma cantidad de calor.

Luego, **hay algo** que distingue el estado inicial del estado final del proceso considerado anteriormente, lo mismo que en todos los procesos irreversibles.

Los físicos miden esa diferencia entre las diversas etapas de un proceso cualquiera, por medio de una magnitud que fué introducida por **Clausius** y a la cual se la denomina **entropía.**

La variación de entropía que experimenta una fuente térmica se mide por el cociente entre el calor que la fuente recibe o entrega, y la temperatura absoluta de la misma. Al pasar calor de los cuerpos calientes a los fríos, o al producirse calor por rozamiento, en fin, en todos los procesos irreversibles, la **entropía aumenta.**

La entropía es, pues, una magnitud que crece en forma incesante, ya que todos los procesos naturales son irreversibles. Decir que es imposible hacer que la entropía de un sistema aislado disminuya, equivale a decir, que es imposible la realización del movimiento continuo de segunda especie.

Mucho se ha discutido acerca del alcance del principio de la desvalorización de la energía. Si se le considera aplicable al Universo, considerado como un todo, el incesante aumento de la entropía, conduciría al mismo a un equilibrio térmico a partir del cual sería imposible toda evolución, todo cambio: se habría llegado a la muerte del Universo.

De todas maneras no deja de ser impresionante y sumamente instructivo el hecho que, partiendo de un problema como el del movimiento continuo, y analizando las causas de resultados negativos, el hombre haya llegado a la posesión de conocimientos que le permiten remontarse a las más altas especulaciones, rerentes, nada menos, que al destino remoto que le aguardaría al Universo considerado como un todo.

EL MOVIMIENTO CONTINUO Y LOS JUEGOS DE AZAR

Los físicos no se han conformado, naturalmente, con sólo enunciar y extraer las consecuencias de los dos principios que estamos considerando. Sobre todo han querido saber **el porqué** de ese aumento incesante e inevitable de la entropía cuya consecuencia inmediata es la imposibilidad de realizar un móvil perpetuo de segunda especie.

El gran físico **Boltzmann**, a fines del siglo pasado, dió al principio del aumento de la entropía una interpretación estadística, en que dicho concepto aparece estrechamente vinculado al de probabilidad.

En otros términos: si el calor pasa de los cuerpos calientes a los fríos y no inversamente, es porque aquel pasaje es más probable que este último. Como el número de moléculas que interviene en la formación de una minúscula porción de materia es inmensamente grande, las leyes de la probabilidad aplicadas a un conjunto de individuos tan enorme, adquieren el carácter de certeza absoluta. **Plank** hace notar que para **"microfísicos"** que operaran con un reducido número de moléculas, el segundo principio de la termodinámica no sería aplicable, ya que en algunos casos, por las mismas leyes del azar, pasaría calor de un cuerpo frío a otro más caliente.

La interpretación estadística del segundo principio de la termodinámica puede expresarse diciendo:

La razón que hace imposible que el calor pase de los cuerpos fríos a los cuerpos calientes, es la misma que hace imposible la existencia de martingalas para ganar sistemáticamente en los juegos de azar.

Se trata en ambos casos de un asunto de probabilidad.

En todos los casinos del mundo aparecen siempre jugadores que se creen en posesión de un método con el que infaliblemente deben ganar. Llevan minuciosas estadísticas de los números que van saliendo y en un momento dado comienzan a apostar, con la misma esperanza que los inventores del movimiento continuo pondrían frente a la máquina terminada. Esta, indefectiblemente se detenía, después de dar algunas vueltas y también aquí el método que se juzgó infalible termina con el capital del jugador —y a veces con su vida— en un tiempo más o menos breve.

Aplicando un lenguaje físico, **termodinámico**, al caso de la ruleta, diríamos que el apostador debe perder a la larga, porque la **"temperatura"** del compartimento donde coloca las fichas es superior a la **"temperatura"** del compartimiento donde están las fichas de la banca. Como el número de sectores es igual a 37 y la banca paga solamente 36 veces lo apostado, las fichas tienden a pasar del punto al banquero, del mismo modo como el calor tiende a pasar de un cuerpo que está a 37 grados absolutos a otro cuya temperatura es de sólo 36 grados.

Si se lograra un método que permitiera ganar sistemáticamente a la ruleta se lograría también, sin duda alguna, la realización del movimiento continuo de segunda especie. Tan imposible es lo uno como lo otro y en ambos casos la imposibilidad obedece a las mismas razones.

Prof. Dr. ENRIQUE LOEDEL PALUMBO



FIG. 3 — Como el agua asciende por tubos capilares... parece que el aparato debiera funcionar; así lo creyó el gran químico OSTWALD. ¡Y así fué también el chasco que se llevó!



FIG. 4 — Los vasos colocados sobre la correa sin fin llevan en su interior unas pesas de plomo. Al colocarse los vasos a la derecha, las pesas se apoyan sobre el fondo flexible de los mismos, "haciendo que el volumen sea mayor"... Esto es lo que creía sin duda el inventor del aparato...

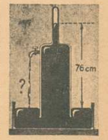


FIG. 5 — El inventor se limitó a poner una canilla en el tubo del experimento de Torricelli, pensando: El mercurio sube por la presión atmosférica, cae por propio peso, luego: ¡lo he hallado!

HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO III — AGOSTO DE 1942 — Nº 15

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar -- Miguel Angel Angueira -- Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu -- Julio R. Barcos -- Leónidas Barletta -- José Basiglio Agosti -- Prof Francisco C. Bendicente -- Ing. Carlos Bianchi -- Aurora Bogú -- Herminia Brumana -- Marta Brunet -- Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella -- Oscar Cerruto -- Dr. Florencio Charola -- Justino Cornejo (Ecuador) -- Dr. Enrique Corona Martínez -- Olga Cossettini -- Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar -- A. Díaz Urrieta -- Serafín Delmar.

Luis Fernández Zárate -- Agustín Ferraris -- Waldo Frank (Estados Unidos).

Gerardo Gallegos (Cuba) -- Dr. Rafael Grinfeld -- Gilberto González y Contreras (Cuba).

Jorge Hess -- Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) -- Josua Hochstein (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte -- Layle Lane (Estados Unidos) -- Dr. Enrique Loedel Palumbo -- Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández -- Mauricio Magdaleno (México) -- Ing. Jacobo Maguid -- Alberto Maritano -- Aurelio Martínez (Perú) -- Ing. Aquiles Martínez Civelli -- Augusto Mateu Cueva (Perú) -- Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Odena -- Juan G. Olmedilla -- Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Venezuela) -- Armando Panizza -- María Luisa Petettin -- Magda Portal -- Enrique Portugal -- Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) -- José Riera (Bolivia) -- Octavio Rivas Rooney -- Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack -- Dr. Alberto Sagastume Berra -- Diego Abad de Santillán -- Dr. Jaime Scolnik -- S. Fanny Simon (Estados Unidos) -- Dr. Joao de Souza Ferraz (Brasil) -- Juan Antonio Solari -- Agustín Souchy.

Dr. Saúl Taborda -- Andrés Townsend Escurra -- Jacinto Toryho -- Prof. Víctor Troncoso (Chile) -- Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) -- Rafael Heliodoro Valle (México) -- Antonio Vázquez Escalante -- Arturo Vilches -- Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Camblor - Carybé - Gustavo Cochet - Emma Jauch - Kras - Pedro Olmos - José Planas - Francisco A. de Santo.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración: ALSINA 736 BUENOS AIRES República Argentina U. T. 34 -- Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican, incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

Impreso en Argen
Printed in Argent